



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

MURMULLO DE MUERTE

MARK HALLORAN

Murmullo de muerte

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 5655 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1960

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Moraleja Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. R. 839/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

480.—El hombre de Dodge. 603.—Johnny ha vuelto.

En Colección BUFALO:

61.—Ha llegado un hombre. 189.—Jinetes en el cielo. 305.—El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

507.—Danza macabra. 509.—Balas contadas. 513.—Perfume de pólvora.

En Colección CONGO:

4.—Los diamantes de Kwan.

En Colección KANSAS:

69.—Johnny Puma.

En Colección ASES DEL OESTE:

28.—¡Volad, insectos de plomo! 53.—Rastros humeantes.

MURMULLO de MUERTE

**Por
MARK HALLORAN**



CAPÍTULO I

Mexicali, martes, 11 noche

El más joven de los tres preguntó:

—¿Cuánto?

—Mil pesos. Mil pesos contantes y sonantes.

Hacía calor. El aire de la noche era denso, pegajoso.

—¿Para cada uno?

—Para los tres. No pidas la luna, Honorato.

Honorato, el más joven, sonreía. Había acudido a la cita con su «Thompson», en parte porque era un cobarde, en parte porque era un fanfarrón. Balanceaba la metralleta sosteniéndola por la correa.

—Yo no pido nada. Que digan ellos.

De sus dos compañeros, uno, pensativo, se rascaba el vientre. El otro, el más viejo, fumaba.

Fue éste quien resolvió:

—Mil para cada uno. Se acabó ya eso de aprovecharse del hambre de los demás. Mil para cada uno o no hay trato.

El hombre alto dejó escapar un suspiro.

—No tengo tanto dinero.

—Todos los gringos tenéis dinero. Os pudrís en plata, malditos seáis, tú incluido.

Los faros de un coche barrieron la carretera.

Honorato agachó la cabeza instintivamente.

El coche pasó y se alejó.

—Está bien —dijo el hombre alto. Hablaba el castellano a la perfección, pero algunos matices de su pronunciación permitían adivinar su origen yanqui—. Mil para cada uno, a condición de que no haya errores —tres mil dólares en total: había calculado pagar hasta cinco mil, y por la vida de un hombre era un buen precio—.

Quiero trabajo fino, no esas chapucerías que por ahí se ven. Quiero algo como lo que le hicisteis a don Fulgencio Reyes.

Los ojos de Honorato despidieron un destello.

—¿Don Fulgencio Reyes?

—Eso estuvo bien —el hombre alto hablaba en tono halagador—. Le atrapasteis cuando salía de visitar a su morocha, le arreasteis por los dos lados; quedó como un colador y vosotros escapasteis en un minuto al amparo de la oscuridad. Nadie sabe oficialmente quién le despachó.

Hubo un instante de silencio.

—Guárdese su plata, gringo —dijo luego Honorato, con aspereza.

—¡Hijo! —protestó el viejo.

El tercer hombre se rascaba indiferente la barriga.

—No convienen los negocios con tipos que tienen la lengua suelta —añadió Honorato. Se colgó la metralleta del hombro con la culata hacia arriba—. ¡Matar a don Fulgencio Reyes! ¡Al padre de los pobres! ¿Quién se atreve a endosarme esa porquería a mí?

—Yo —dijo apaciblemente el hombre alto—. Reyes estaba metiéndose en el terreno de don Carlos Manzaneda y era un competidor demasiado poderoso. Tú acababas entonces de salir de presidio. Don Carlos te tendió una mano. Le hiciste la faena por la mitad de lo que me cobras a mí, y todavía le diste las gracias.

Honorato gruñó:

—Sabe usted demasiado.

—Cállate ya —dijo el viejo—. Mil para cada uno, gringo. La mitad anticipada. ¿Quién es el palomo?

—Su nombre no importa.

—¿Dónde y cuándo hay que hacerlo?

—Mañana. A última hora os diré el momento y el lugar, y precisamente los detalles. Sólo necesito que estéis preparados.

—No me gusta —anunció Honorato.

—Cállate —repitió el viejo—. Estaremos preparados, pero si el asunto no es claro no cuentes con nosotros. Ninguno va a arriesgar la piel por una cochina miseria.

El hombre alto asintió.

—Queda entendido. Mañana llamaré a Honorato, como hoy, y nos reuniremos otra vez aquí.

—Traerás la plata.

—Por supuesto.

El tercer hombre había cesado de rascarse.

EL alto, sin una palabra de despedida, dio media vuelta y se alejó. Remontó cojeando ligeramente el terraplén que conducía a la carretera, hasta que su desgarrada silueta se dibujó contra el cielo estrellado.

Su coche se puso en marcha un momento después y partió en dirección a Mexicali.

—¿Quién es? —preguntó el viejo.

—Procuraré enterarme —dijo Honorato, ceñudo—. Vaya si lo procuraré. No tenía idea de que fuera a proponernos eso. Llamó por teléfono a casa de Juan, pidió por mí. «Del señor Smith», dijo. Todos los gringos se llaman Smith cuando no quieren que se sepa su nombre.

Las luces del coche del hombre alto habían desaparecido en la distancia. Cantaba un grillo.

Entre las ruinosas paredes de la pulquería abandonada donde aquel hombre y los tres mexicanos se habían reunido, el calor se adhería a la piel como una pasta.

—Vámonos —dijo el que había estado rascándose el vientre.

Miércoles, 7'30 tarde

Honorato escupió por un costado de la boca.

—Ahí viene.

Era un «Mercury» pasado de moda, negro, lúgubre; tal como se lo habían descrito. En aquel momento avanzaba lentamente tomando la curva que conducía al aparcamiento del parador.

—Vete al coche y ponlo en marcha, Pedro —dijo el viejo, nervioso—. Puedes tirar desde allí sin apearte. Deja abiertas las puertas.

El tercer hombre se alejó.

El coche estaba discretamente colocado a la sombra de un árbol, a un centenar de metros del parador. Era un coche robado dos horas

antes; un sedán nuevo, bicolor, cuyo propietario no se percataría del robo, salvo imprevistos, hasta más tarde, cuando saliera de la oficina. El propio Pedro había hecho el trabajo, y no al azar. Sabía a quién robaba, conocía sus hábitos. No era difícil entre la reducida población de Mexicali.

Honorato se alejaba oblicuamente del aparcamiento, caminando con la «Thompson» adosada a la pierna.

Cuando Pedro montó en el sedán, cuando puso el motor en marcha y sacó el «Colt» del bolsillo de su cazadora, el «Mercury» negro entraba en un triángulo señalado por aquel automóvil y por las posiciones que a la sazón ocupaban Honorato y el viejo. Era el joven quién había trazado el plan, y en éste no figuraba la posibilidad de que el «Mercury» llegara hasta el aparcamiento mismo, donde se encontraría hasta cierto punto protegido por los demás vehículos estacionados. El plan especificaba que los tres hombres desencadenarían simultáneamente su ataque cuando el coche penetrara en el campo de sus fuegos cruzados.

Había penetrado ya.

Caía la tarde. El cielo se teñía de color naranja.

Honorato lanzó con sus negros y juntos ojos una mirada a una nube que tenía forma de cigarro puro, y luego apretó el gatillo de la metralleta.

Las armas de sus compañeros se sumaron al estrépito de la suya.

La cosa duró poco. Estaba calculada para que durase poco.

El «Mercury» salió de la carretera y quedó encallado en el inmediato pedregal. Las balas lo acribillaron desde tres direcciones.

Basta. Silencio.

Al conductor del coche no se le veía, pero su estado podía deducirse del estado del vehículo.

Honorato y el viejo corrían hacia el sedán que Pedro tenía en marcha. Ambos vestían igual: camisa y pantalones blancos. Dos pequeñas y ágiles figuras cuya principal diferencia residía en el color del cabello, negro el de una, gris el de la otra.

Salía gente del parador.

El guardián del aparcamiento gritaba y agitaba los brazos.

El sedán partió como un rayo con los tres hombres a bordo.

—Hecho —dijo Honorato—. No me vendría mal un tequila...

El viejo jadeaba. Al abrir la boca para respirar destacaba en su

dentadura un diente de oro.

—¡Fue bueno! —rió Pedro, inclinado sobre el volante—. ¡Fue muy bueno! ¡Estoy seguro de que le vi retorcerse! ¡Y juraría que el primero le atiné yo!

—¿Qué cara tenía? —preguntó el joven.

—¡Yo qué sé! ¿Qué importa su cara?

El sedán recorrió en un momento un par de kilómetros.

—Me hubiera gustado verla —dijo luego Honorato. Levantó la metralleta e inspeccionó el cargador—. Su cara. No por nada, pero me hubiera gustado verla.

El color naranja del cielo se había trocado en violeta cuando el coche se detuvo en el cruce de una carretera secundaria. Los tres hombres lo abandonaron allí. A paso vivo, por la nueva carretera, marcharon a pie cerca de quinientos metros.

Había otros dos coches, un «Land Rover» y un antiguo «Chevrolet» de carrocería rural, estacionados a la entrada de un camino que se internaba entre campos de maíz. Pedro saltó al primero, Honorato y el viejo al segundo. Se saludaron con la mano. Partieron en la misma dirección, un coche en pos de otro, carretera adelante.

Honorato conducía el «Chevrolet».

—¿De modo que te hubiera gustado ver su cara? —le preguntó el viejo.

No contestó.

Miércoles, 11'15 noche

El hombre alto, como la noche anterior, había dejado su coche en la carretera y aguardaba abajo, entre las ruinas de la pulquería. Brillaba en la oscuridad la brasa de su cigarrillo.

Honorato tenía consigo la «Thompson».

—Sé que has estado haciendo indagaciones con respecto a mí —le dijo el hombre.

—¿Y le molesta?

—Otras cosas me molestan más.

El joven se encogió de hombros.

—No suelo hacer negocios con un Smith cualquiera. Me enviaron una vez a presidio por no tomar precauciones. Era un chiquillo. Ahora ya no lo soy, y las tomo.

—Dejemos eso —intervino el viejo, impaciente—. A ver la plata. Pedro se rascaba el estómago mirando hacia la carretera.

El hombre alto sacó un pequeño rollo de billetes, contó tres veces quinientos pesos y entregó una parte a cada uno de los mejicanos.

—Otras cosas me molestan más —repitió luego, mientras los tres hombres se aproximaban los billetes a los ojos para comprobar en la oscuridad la exactitud de la suma—. Por ejemplo, la ineptitud y la estupidez. Confieso que he venido y os he pagado lo que no os debo, porque me ha parecido la solución más práctica para zanjar este asunto; digamos que lo he hecho por prudencia. Ahora, largaos, y si es posible gastad ese dinero en matarratas y tomadlo como cena esta noche.

Honorato dio un paso hacia la carretera.

—Un momento —dijo el viejo—. ¿Qué te pasa, gringo?

—¡Lárgate de una vez!

El viejo no se marchó.

—Pregunto qué te pasa.

—Lo que te pasaría a ti sí te dejaras robar voluntariamente tres mil pesos.

—¿Robar? Bueno, ¿qué dijiste antes de pagar lo que no nos debes? ¡Infierno! ¿Es que no hemos hecho el trabajo convenido?

—¡Vámonos ya! —exclamó Honorato.

Pedro ascendía perezosamente por el terraplén.

—No —le dijo el hombre alto al viejo.

—¿No?

—Habéis roto los cristales de un coche y estropeado su carrocería. Esto ha sido vuestro trabajo.

—¡Mentira! ¡Había un tipo dentro del coche!

El hombre alto dio una última chupada al cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo pisó. La fuerza del pisotón fue su única señal de cólera.

—El tipo del coche resultó ileso. No le alcanzó ninguna bala. No recibió ni un rasguño.

CAPÍTULO II

Mexicali, jueves, 9,30 noche

La mujer dijo entre dientes:

—Suéltame. No te pongas otra vez de ese modo.

El hombre hizo un esfuerzo y logró dominarse. La soltó. Volvió la espalda y se alejó unos pasos oprimiéndose la frente con los puños.

—¡Lola, tienes que comprenderlo! ¡No soy de piedra!

—No te pido que seas de piedra.

—¡Oh, está bien!

Ella ordenaba sus ropas, en pie junto al tocador, mirándole no directamente, sino a través del espejo.

—Lo único que te pido, Harry, es que esperes, y algunas veces, no siempre, que tengas prudencia. Detesto a los hombres pobres. Si pretendes que te deteste a ti, sigue adelante.

—Yo te quiero, Lola.

—También me quieren otros, o así lo dicen. Lo menos son catorce...

—¡Lola!

La mujer echó la cabeza atrás y rió.

Tenía una risa como toda ella: fresca, sensual, apasionada, vibrante, altiva y perezosa. Era una morena de carne mórbida, dientes muy blancos y ojos llameantes, una criatura de malsano y turbador atractivo, diestra, además, en el juego de sus encantos. Era este juego lo que le había dado fama. Lo practicaba cada noche en la pista de «Casa Portela», bajo los focos, al compás de la música. Ella lo llamaba baile. Otras personas lo llamaban también así, quizá para entenderse. Pero era en realidad un arte distinto, para el cual la música estaba de más; un arte que procedía en línea recta de su

condición de mujer.

La risa se apagó.

Lola observaba al hombre a través del espejo. ¿Pobre?

Harry Latimer podía ser pobre. Podía permitirse el lujo de ser pobre. Tenía otras cosas en compensación: aquellos diabólicos ojos dorados, aquella gracia varonil, aquel vigor insultante, aquel inmaterial efluvio masculino que llamaba a la puerta del instinto como un aldabonazo.

Había muchos yanquis establecidos en Mexicali, pobres la mayoría de ellos, gente que malvivía en aquella tierra de nadie al borde de la frontera donde nada era enteramente legal ni ilegal; fugitivos, proscritos, exilados. Harry Latimer no se parecía a ninguno.

Y a Cleve Tracy menos que a ninguno.

Lola les comparó mentalmente. Sintió asco. Asco de Cleve, por supuesto, pero también en parte de sí misma. ¡Oh, Dios! Había estado loca cuando se lió con él. El dinero: Cleve tiraba los billetes. ¿Y qué? Mirando a Harry en el espejo podía ver cómo superpuesta la imagen de aquel gigante basto y grasiento, abandonado, velludo, prematuramente envejecido, con su mirada acuosa, su labio inferior colgante y aquellas carnosas y húmedas manos con las que nunca sabía lo que hacer.

¡Cleve Tracy tiraba los billetes!

Harry estaba encendiendo un cigarrillo.

—Márchate ya —dijo ella. Permitted que en su voz se deslizara un poco de ternura—. Cleve no tardará. No quiero correr riesgos inútiles.

El expelió dos chorros de humo por la nariz.

—Existe una manera de no volver a correrlos.

—¿Cuál?

—Terminar con Cleve Tracy.

—Harry, te he dicho mil veces...

—En primer lugar no han sido mil veces. En segundo, estoy hablando de terminar con Cleve Tracy, no con el dinero de Cleve Tracy.

Lola se volvió para mirar al hombre directamente. La sonrisa que descubrió en sus labios le produjo un escalofrío.

—No, Harry, no.

—¿No qué?

—Lo que piensas.

—No seas tonta. He estudiado con mucha atención a tu Cleve Tracy, muñeca. A él y a la fuente de sus ingresos. Tengo un plan que no puede fallar.

—¡Harry!

—¿Llorarías por ese cerdo cebado?

La mujer estaba asustada, pero en el fondo de sus ojos ardía una llamita de astucia.

—No se trata de eso, Harry. Lloraría por ti.

—Entonces tranquilízate.

—Por ti y por mí —añadió ella. Su tono se llenó súbitamente de sarcasmo—. Lloraría por los dos si fueras tan imbécil como para precipitarte y echarlo todo a perder.

El sostuvo su mirada enarcando las cejas.

—¿Todo? ¿Echarlo a perder todo?

—¿Por qué supones que te digo que esperes? ¿Por si algún día heredas una fortuna? Harry, yo soy una mujer práctica y dejé de creer en las hadas hace mucho, muchísimo tiempo. Permite que de este asunto me ocupe yo hasta que llegue la hora oportuna; sólo te digo que no tardará en llegar. Antes de que tú pensaras en estudiar a Cleve y su fuente de ingresos yo sabía de memoria todo cuanto sobre ambos se puede saber.

—¡Atiza! —exclamó el hombre con burlona sorpresa.

—Una sola cosa me preocupa —añadió ella—, la posibilidad de que alguien más haya pensado lo mismo y se nos adelante. ¿Has oído hablar de lo que pasó ayer en El Llano?

—Dicen que fue una equivocación.

—Con Cleve nadie comete equivocaciones. Le acribillaron el coche, y está claro que pretendían acribillarle a él. Tres hombres, dos de ellos armados de metralletas. Se salvó por casualidad.

—¿Tienes idea de quiénes fueron esos hombres?

—Tengo idea —asintió la mujer—, pero no son ellos quienes interesan, sino la persona que pagó por su trabajo. Cleve está asustado desde entonces, y sin embargo no he podido sonsacarle una palabra.

Harry fumaba con los párpados entornados.

—¿Una palabra respecto a qué?

—Él sabe perfectamente, lo juraría, quién y por qué intentó asesinarle. Es alguien a quién teme más que al diablo. Se le nota. Ha sido el miedo lo que le ha inducido a afirmar que el atentado fue una equivocación. Prefiere jugarse la piel a revelar ciertos secretos...

—Tu adorado Cleve tendría miedo de una lagartija.

Lola movió negativamente la cabeza.

—Te equivocas. Cleve Tracy es un hombre peligroso, no un mojigato asustadizo. Le conozco. Sé que cometería un asesinato sin pestañear, y quizá ha cometido varios en su vida pasada —dio un paso hacia Harry—. Ésta es la razón principal de que te pida que esperes y dejes el asunto en mis manos.

Él estaba pensativo.

—Muy bien.

—Ten paciencia, Harry.

—La tengo. Se necesita muchísima paciencia para saberte entre los brazos de esa basura y no venir y partirle el alma.

Ella hizo una mueca.

—Por favor.

Echó a andar, pasó junto al hombre y se dirigió a la puerta. La abrió. Dio entrada a una oleada de música: un piano, unas maracas, una flauta. Llegaba de la sala situada al extremo del pasillo, en lo alto del tramo de escaleras que se veía al fondo.

En el pasillo no había nadie.

Las manos de Harry asieron a la mujer por la cintura. Su aliento le acarició el cuello.

—Un beso antes de marcharme, nena.

Lola se abandonó con un suspiro.

Sus besos.

La había hechizado desde la primera vez, desde aquella noche, poco más de una semana atrás, en que apareció en «Casa Portela» con su vieja cazadora de tejido, hundidas las manos en los bolsillos de sus pantalones tejanos, y posó en ella sus ojos de oro.

¿Qué podía esperar?

Era uno más entre los yanquis ociosos, desheredados, proscritos, qué la marea de la vida empujaba al lado de acá de la frontera, y sin embargo, no se parecía a ninguno.

—Sal por la puerta trasera —dijo, cuando él la hubo soltado y

logró recobrar el dominio de sí misma—. Ven más temprano mañana y hablaremos con calma de lo de Cleve.

—De Cleve Tracy no se puede hablar con calma.

—Haz lo que te digo. Después de lo de El Llano es preciso que aprovechemos la primera ocasión —Lola titubeó—. Claro que todo depende de que tú...

—¿Qué?

—Nada. Vete ya.

Harry traspuso el umbral.

—Todo depende de que yo esté dispuesto a llegar hasta donde sea —dijo desde el pasillo—. ¿Era eso lo que querías decir?

Sus pupilas eran dos fríos, y duros círculos de metal dorado.

—Sí.

—Llegaré.

La mujer cerró la puerta y permaneció apoyada en ella un momento.

Luego regresó junto al tocador, se perfumó, rehízo su maquillaje y su peinado. Contempló su figura en el espejo de frente y de perfil, ajustando la tela del vestido a sus pronunciadas y audaces formas. Pareció satisfecha de sí misma, pero había hielo en su sonrisa y un vago y lejano horror flotaba en el abismo de sus negros ojos.

Flotaba aún cuando se encaminó a la sala.

El público. La gente.

Escasos norteamericanos, porque era sólo jueves y hasta el fin de semana no se desencadenaba el alud de turistas. Los clientes ocupaban las mesas redondas en torno a la pista de baile. Otros estaban en pie junto al bar, en el extremo de la sala opuesto al estrado de los músicos.

Las lámparas adosadas a los muros no llegaban a iluminar el techo, de modo que el piso superior quedaba sumido en una dulce y amarillenta penumbra. Este piso tenía una baranda de hierro forjado que se extendía por tres de los cuatro costados de la sala. La escalera para ascender a él se iniciaba en una puerta a la derecha del bar. Encima de éste se encontraba la instalación de proyectores que a la hora del espectáculo iluminaban la pista.

Lola anduvo pausadamente entre las mesas.

El barman la esperaba sonriendo, pendiente de ella antes ya de que ocupara uno de los escabeles.

—Preguntaban por usted, señorita Lola.

Se había convertido en «señorita» Lola desde que Cleve Tracy comenzó a gastar dinero por su causa.

—Prepárame un julepe y deja que pregunten.

—Un gringo, señorita Lola —la cauta insistencia del barman era indicio de que había recibido una propina—. Está ahora allí... El cuarto contando a partir del extremo.

—Prepárame un julepe —repitió ella.

Pero sintió sobre sí la intensa mirada del hombre, y momentos después observó que éste acudía a su encuentro caminando a lo largo del bar.

—Buenas noches.

Lola fingió no haber oído.

A espaldas del desconocido acababa de aparecer una figura grande y desgarbada que avanzaba con paso bamboleante.

Cleve. Era su hora.

—Me llamo Frank Dodge, señorita. Si tuviera usted la amabilidad...

—Le ruego que se marche.

Cleve estaba llegando.

Las luces del bar ponían extrañas sombras en su rostro. Mirándole sintió Lola una mezcla de repulsión y miedo, y le costó verdadero esfuerzo sonreír. Aquella noche parecía Cleve Tracy más viejo y abandonado que nunca, colgantes las mejillas mal afeitadas, apagados los ojos bovinos. Llevaba metidos en los bolsillos los dos perpetuos estorbos que eran sus manos.

El hombre que había dicho llamarse Frank Dodge notó que alguien se aproximaba, y se volvió.

—Hola, Tracy.

Cleve le miró fijamente unos momentos, pero no dio sensación de que le viese. Su mente estaba lejos. Sus pupilas carecían de luz.

No obstante, preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

—Pensé que quizá no me recordarías.

—Nunca olvido una cara. ¿Qué haces aquí?

—Encanto —dijo Lola.

Cleve la ignoró.

—Cosas que pasan —explicó vagamente Frank Dodge—. He

llegado hoy. Me han dicho que frecuentas este sitio. Ahora mismo iba a preguntarle por ti a la señorita...

Lola le estudió.

Había algo raro, una especie de halo de tensión envolviendo a aquel hombre. Y no era en absoluto un hombre vulgar. Estaba en mangas de camisa, desnudos los morenos y musculosos antebrazos. Alto, ancho de hombros, tenía un cuerpo fuerte y ágil como el de un felino. Su rostro enjuto, de líneas tensas y ojos brillantes, con una hilera de dientes blanquísimos asomando entre los crueles labios, poseía una expresión hermética, como si fuera la máscara con que ocultaba sus pasiones. No había ni una chispa de calor humano en su sonrisa inmóvil. Se hubiera dicho que podía meterse dentro de sí como en una funda.

A Lola, le hubiera gustado saber qué experimentaba ante él Cleve. ¿Enojo? ¿Sorpresa? ¿Temor? ¿Simpatía? ¿Desprecio?

Más bien parecía desprecio.

Pero Cleve continuaba mentalmente muy lejos, apagados los ojos, grasiento, adormilado, sucio, las manos todavía en los bolsillos.

—Estoy ocupado, Dodge.

—Bien, no quería estorbarte.

El tono del hombre era cortés, aunque no humilde.

—Lo celebro.

—Tú eres, sin embargo, la única persona que conozco en Mexicali.

Cleve dijo brutalmente:

—No doy limosnas.

Frank Dodge ni siquiera pestañeó.

—Pido consejo, no limosna.

—Te daré uno: pasa de nuevo la raya y vuélvete a Los Ángeles. Nada tienes que hacer aquí.

—¿Y si no puedo pasarla?

—Cuélgate. Las sogas son baratas en Méjico.

Dodge se encogió de hombros.

—Está bien, Tracy. Esperaba otra cosa de ti, pero nunca es tarde para conocer a los hombres.

El barman había depositado ante Lola el julepe.

Ella se disponía a beber el primer sorbo cuando Cleve avanzó un

paso y le hizo signo con la cabeza.

—Vamos adentro. Tenemos que hablar.

Daba, indiferente, la espalda a Frank Dodge como si ya se hubiera olvidado de él.

Lola, sin saber por qué ni de qué, sintió miedo.

CAPÍTULO III

Mexicali, jueves, 10 noche

Cuando ella hubo cerrado la puerta sacó Cleve, por primera vez, las manos de los bolsillos. En la derecha tenía un envoltorio oblongo.

—Te he traído algo.

Lola afectó sorpresa y alegría. Cada día le costaba más fingir ante aquel hombre cualesquiera sentimientos.

Tomó el envoltorio y lo abrió.

Contenía un collar de perlas.

—Son falsas, no te hagas ilusiones —dijo oscuramente él. Estaba en pie cerca de la puerta, enorme y pesado, mirándola con sus ojos sin expresión—. Me ha parecido lo más adecuado como regalo de despedida... Una joya, ¿sabes?, tan barata y tan falsa como tú.

La mujer se había quedado perpleja.

¡Tan barata y tan falsa!

La conciencia de que algo importante había ocurrido, de que el Cleve Tracy que tenía ante ella no era el mismo de siempre, pugnaba por abrirse camino en su ánimo, pero estaba demasiado segura de sí misma para admitir la verdad.

—Cleve, encanto, no comprendo. ¿Un regalo de despedida? ¿Es eso una manera de decirme que te marchas? ¿Así, de pronto?

—Ya ves.

—¡Pero no puede ser! ¡Tus negocios! ¡Nosotros, Cleve! ¡Tu vida! El movía de un lado a otro su cabezota.

—No he dicho que me marche de Mexicali. Me marchó de tu lado nada más. Hemos terminado, si quieres que te lo diga de otro modo.

Lola enrojeció.

—¡Cleve!

—Ya ves.

Ella no necesitaba ahora fingir sorpresa. Estaba muda, estupefacta de asombro, tomada por completo de improviso. Ni siquiera la cólera salvaje que despertaba rugiente en su pecho le permitía reaccionar. De aquel hombre a quién hasta la víspera había tenido o creído tener a sus pies, implorante, enamorado, pendiente de sus menores caprichos, hubiera esperado cualquiera cosa, pero no esto.

La humillación, el insulto de las perlas falsas, la despedida indiferente, ¿cómo eran posibles? ¿En Cleve Tracy? ¡En él! ¿Y después? Un hombre que tiraba los billetes. La «señorita» Lola.

¡Oh, no!

Ante sus ojos atónitos, lento, torpe como un oso, Cleve retrocedía ya hacia la puerta. Era evidente que no tenía más que decir.

Lola hizo un esfuerzo desesperado.

—¿Por qué? ¡Cleve, escúchame! ¿Por qué? ¿Cómo puedes?...

Se acercaba a él con los brazos abiertos. Era una mujer, toda una mujer, experta en el juego de sus encantos. Diabólicamente experta.

Cleve extendió su manaza y la rechazó de un empujón.

—Quita.

Ella estalló:

—¡Cerdo asqueroso! ¿Pero qué te crees tú? ¿Pero quién te figuras que soy? ¿Cómo te atreves tú a hacerme esto?

—Muy bien. Chilla, patalea, dime lo que se te antoje —Cleve ni tan sólo había despertado. Su mente continuaba a incalculable distancia. Todo aquello semejava resbalar sobre su coriácea epidermis—. Mira luego a ver si tu Harry Latimer sabe consolarte.

¡Harry Latimer!

El nombre resonó con funestos presagios dentro de Lola.

—¿Qué insinúas? —preguntó, expectante.

Cleve abrió la puerta.

—Como insinuar, nada. He prestado un poco de atención a las maniobras de ese muchacho, simplemente. Había oído hablar de él, de su agradable físico y de la habilidad con que lo utiliza para vivir a costa de las mujeres. Su profesión me ha parecido siempre muy difícil. Ha sido aleccionador ver cómo la ponía en práctica

contigo... Espero que tenga más suerte que con Marjorie Hunt.

Lola respiraba agitadamente.

—Cleve, eres un miserable. Eres... eres tan...

—No te ha contado, ¿verdad?, su última aventura —siguió diciendo él en tono fatigado—. Marjorie Hunt es dueña de la cadena de zapaterías más importante de California; una millonaria de cuarenta años, divorciada tres veces, resabiada y astuta como un zorro. Latimer la conoció en Long Beach y cometió el error de creerla presa fácil. ¡Cielos! Ella se divirtió como una loca dejándole operar a placer, y cuando se hubo cansado de reír, ¡hala!, le dio la patada al pobre chico. En parte como compensación del tiempo perdido, y en parte como recuerdo sentimental, Latimer se marchó llevándose un broche de brillantes. Era natural desde su punto de vista, una debilidad disculpable, pero Marjorie, que esperaba algo así, le denunció a la policía, y el chico tuvo que malvender la joya en San Diego y escapar a través de la frontera con el poco dinero que consiguió. Estoy seguro, sin embargo, de que aquí se recobrará del percance. Ha adquirido experiencia, y no todas las mujeres son tan listas como Marjorie Hunt...

La puerta, se cerró.

Cleve Tracy se había marchado.

—¡Cleve! —chilló Lola.

La puerta no volvió a abrirse.

—¡Cleve, no te vayas! ¡Cleve! ¡Cleve, encanto mío! Cleve estaba ya lejos. Bordeando la pista de baile de la sala, donde las parejas se balanceaban al compás de una ranchera, caminaba con su paso bamboleante y su aire ausente hacia la salida del local.

Lola arrojó contra la puerta el collar de perlas falsas. Se rompió el hilo y las cuentas cayeron y se dispersaron botando como pelotitas.

—¡Me las pagarás! —gimió histéricamente la mujer—. ¡Me las pagarás caras, maldito hipopótamo! No te desharás de mí como si fuera un pingo, ¡oh, no! Ha llegado el momento de exprimerte de verdad el zumo...

Jueves, 10'30 noche

Sonó el zumbador de la puerta.

—Abre, Benito.

El criado mestizo, que terminaba en aquel momento de servir el café en el salón contiguo a la terraza trasera cuajada de flores, depositó la cafetera sobre la bella bandeja de plata y marchó a abrir.

—El señor Tracy —anunció a su regreso.

Cleve Tracy entró pisándole los talones.

—Hola.

Estaba fuera de lugar en aquel marco de refinado lujo; no sólo lo estaba por el abandono y desaliño de su apariencia, sino por su físico marcadamente anglosajón, que contrastaba con la decoración hispano-mejicana de la suntuosa sala y, sobre todo, con el atildamiento latino del hombre de cabello cano que se levantó de una butaca para recibirle.

Benito, el criado, sirvió una nueva taza de café y se retiró.

—¿Un habano?

—No, gracias. Odio los habanos, me canso de decírtelo.

Por las puertas-ventanas se deslizaba desde la terraza el aroma intenso de las flores.

Tracy se derrumbó en un sillón y apuró el café de un trago.

—Era ya tiempo de que vinieras —dijo suavemente el dueño de la casa.

—Carrasco, ¡por Dios!, no estoy de humor para sermones. He venido cuando me ha parecido conveniente.

Carrasco, con su cabello cano y su porte de gran señor, unía y desunía sonriente sus cuidadas manos.

—Hubiera sido mejor que te pareciese conveniente ayer.

—Pues ha sido hoy.

—Ayer recibí una noticia sorprendente de El Llano.

El norteamericano, indiferente, miraba en dirección a la terraza. Había acudido a la casa sabiendo de antemano que se plantearía aquel tema de conversación.

—Sorprendente para ti.

—Me pregunto...

—¿Quieres dejarme en paz? Son cosas mías.

Carrasco no perdió su sonrisa ni su compostura.

—Hablemos con calma, querido Cleve. Tú eres para mí un

elemento precioso y nuestra asociación ha dado hasta ahora maravillosos frutos. Ninguno de los dos tiene queja del otro. Estamos ganando dinero con facilidad. Y no quiero, en consecuencia, correr el riesgo de verme privado de un colaborador imprescindible. Soy poderoso. Soy lo bastante poderoso, deberías saberlo, para conjurar cualquier peligro que pueda amenazarte.

—Gracias.

—¿Y bien?

Cleve bostezó.

—Sé que lo dices de buena fe, pero no necesito tu ayuda.

—Estás loco, hijo —replicó Carrasco con amargura afectuosa—. Ayer, miércoles, fuiste a El Llano como era tu deber y a la hora de costumbre. Te presentaste en el parador de Mauricio como todos los miércoles. ¿Y qué pasó? Cleve, parece imposible. Tres hombres te habían tendido una emboscada. A ti. Lo niegas, vas contando que se produjo una equivocación, pero la emboscada te la tendieron a ti. No hubo posibilidad de error. Me he informado de los detalles: había luz de sobra, tu viejo «Mercury» es inconfundible, ningún otro coche se aproximaba al parador en aquel momento. Los tres hombres se habían situado estratégicamente y tenían a punto para escapar un auto robado. Pretendían matarte y nada más, de modo que no desperdiciaron tiempo ni energías. Ahora bien, Cleve, muchacho, ¿puedes explicarme quiénes eran esos hombres y por qué hicieron lo que hicieron?

El norteamericano había cerrado los ojos.

—Lo siento, Carrasco. Te he dicho que son cosas mías. Una antigua historia que no le importa a nadie más que a mí.

—Pero imagina que llegan a atacarte a tu salida del parador —insistió Carrasco con un leve amago de impaciencia—. Imagina que algo parecido te ocurre llevando la mercancía encima, o que te acribillan el coche en uno de tus viajes y que la policía lo inspecciona y descubre... Ya no hablo de que te maten, Cleve: si quieres correr el riesgo, allá tú. Pero son tantas las complicaciones que a uno le acuden a la mente...

Hubo un silencio.

—Me doy perfecta cuenta —dijo luego Cleve—. Sin embargo, lo repito por última vez, no consiento que nadie intervenga en esto. Es una cuestión personal. Y te prometo, Carrasco, que no tardará en

quedar zanjada. Olvida el incidente.

—Existe todavía una razón que me impide olvidarlo.

La voz de Carrasco se había endurecido.

Cleve abrió los ojos para mirarle.

—¿Cuál es esa razón?

—Para el trabajo que realizas necesito un hombre completamente seguro. Tú eras ese hombre; por ello confié en ti, y por ello a los dos nos van bien los negocios. Pero alguien que está rodeado de enemigos misteriosos, alguien a quién intentan asesinar por oscuros motivos personales, un tipo así, Cleve, tú sabes que no me sirve para maldita la cosa. Todo habrá terminado...

—Me doy cuenta también —asintió el norteamericano sin impresionarse—. Te he prometido que la cuestión no tardará en quedar zanjada.

—¡Tardar! ¿Cuánto tiempo representa no tardar?

—¿Hay alguna prisa?

—Estaba calculado que el sábado, o sea pasado mañana, volverías a salir —dijo Carrasco lentamente—. Y no para un viaje común. Esta vez irías hasta Los Ángeles.

Cleve desvió la mirada.

—Me gustaría ir a Los Ángeles.

—Tú mismo, hijo. Pero permíteme una observación: un hombre sospechoso de asesinato me resulta menos útil aún que la posible víctima de un asesinato. Ándate con cuidado si has de zanjar tus... cuestiones personales. No quiero en Mexicali el menor roce con la policía.

El norteamericano suspiró y se puso en pie.

Al beber el café se había derramado unas gotas en los pantalones. Las manchas oscuras y húmedas destacaban en la tela clara de algodón, entre otras manchas más antiguas.

Preguntó súbitamente:

—¿Has oído hablar de un tipo llamado Frank Dodge?

Carrasco entornó los párpados.

—No. Si tiene algo que ver...

—No tiene nada que ver conmigo. Es alguien a quién conocí en Los Ángeles, uno que me da mala espina. Está aquí, acabo de tropezármelo en «Casa Portela»; y no me parece que en Mexicali haya de estorbar menos de lo que estorbaba allí.

—¿Estorbar?

—Siempre metido entre mis piernas.

—Veré lo que hay con él —prometió Carrasco. Estaba pensativo

—. Dime la verdad, Cleve... ¿Anda mezclada Lola en ese asunto tuyo?

El norteamericano esbozó una sucia sonrisa.

—No te devanes los sesos buscando explicaciones. Lola está al margen: ni soñaba yo con que existiera cuando esto empezó. Y por si te interesa, ella y yo hemos terminado.

El mejicano enderezó la cabeza.

—¿Terminado? ¿Habéis roto?

—Eso es.

—¿Por iniciativa suya?

—Mía. Lola no es tan generosa.

La noticia había aumentado el vago enojo de Carrasco.

—Me parece una imprudencia, Cleve. Esa mujer estaba muy ligada a ti, puede saber demasiadas cosas; y una mujer despechada es capaz de utilizar lo que sabe para cometer las mayores aberraciones.

—Perfectamente —asintió Tracy con frialdad—. Dime ahora lo que opinas sobre mis camisas.

—¿Cómo?

—Mis camisas.

—¿Bromeas?

—No bromeo —Cleve Tracy retrocedía perezosamente en dirección al vestíbulo—. Puesto que mis asuntos personales te apasionan de ese modo, es posible que te guste también opinar sobre mis camisas o mis calcetines. Te llevaré conmigo la próxima vez que salga a comprar ropa interior; apuesto a que te proporcionaré la satisfacción mayor del mundo.

Carrasco dijo con un casi imperceptible temblor de cólera en la voz:

—Cleve, hijo, agotarías la paciencia de un santo.

El norteamericano saludó desde el umbral.

—Adiós. Vendré mañana a esta hora en busca de instrucciones...

¡Oh! Mira a ver eso de Frank Dodge si te sobra un minuto, ¿quieres?

Desapareció.

Carrasco oyó cerrarse la puerta exterior de la casa. Al cabo de

un momento, sin moverse del sillón, extendió la mano para oprimir el botón de un timbre y llamar al criado mestizo.

—Dile a Adriano que venga.

Adriano tenía un tic: se restregaba la nariz y sorbía fuertemente, como si estuviera siempre resfriado. No lo estaba. Era de mediana estatura, moreno, huesudo, y vestía como un James Dean de barrio.

Cuando entró, Carrasco posaba en el techo una nostálgica mirada. No la bajó del techo, bien arrellanado en el sillón, estiradas las piernas, mientras el hombre estuvo presente.

—¿Tienes los papeles en regla para cruzar la frontera?

—Sí, patrón —dijo Adriano.

—¿Los tiene también Silverio?

—Sí, patrón.

Carrasco reflexionó un instante.

—Ese gringo, el señor Tracy, se ha convertido en un estorbo. Pero no quiero líos aquí. Pasado mañana le enviaré a Los Ángeles, y sería un gran bien para todos que no volviera nunca. No sé si me comprendes, Adriano.

Adriano dijo:

—Sí, patrón.

CAPÍTULO IV

Mexicali, viernes, 11 mañana

Janice Fuller pensó que era una lástima que fuera cojo. Se le notaba poco en realidad, pero lo era. El tipo de hombre interesante. Rondando los cuarenta, grises las sienes, el rostro afilado y enjuto, los ojos penetrantes y ya un poco cansados de ver. Azules. Azules contrastando con la tez tostada por el sol. Unos ojos que hablaban en silencio.

Vestía un elegante traje de color mantequilla. No un traje que a simple vista llamara la atención, porque la elegancia en buena parte se la prestaba él mismo. Janice se preguntó dónde habría adquirido aquella distinción natural que, más que física, parecía una cualidad del espíritu. Se preguntó qué sería: un diplomático, un profesor, un hombre de negocios. No un simple turista, por supuesto; no una más de las cabezas de aquel rebaño incoloro que todos los fines de semana se derramaba sobre Mexicali. El hecho de que precisamente un viernes se aprestara a emprender el regreso, constituía ya un rasgo distintivo.

Se encontraba ante el mostrador de la agencia de viajes cuando ella llegó y, mientras aguardaba a que el empleado la atendiese, pudo observarle a placer. Otro rasgo distintivo: deseaba reservar habitación, pero no en un hotel de Mexicali, sino de Los Ángeles. Era, no obstante, norteamericano. Sonriendo para sí, Janice le relacionó consigo misma. También ella regresaba a los Estados Unidos, también deseaba reservar habitación; tampoco ella era una turista, tampoco tenía en su patria un hogar.

Fantasías.

El hombre no tenía un hogar en Los Ángeles. ¿Y qué? Podía tenerlo en cualquier otro lugar entre California y el Maine. Tenía

otras muchas cosas, la principal de ellas dinero; el suficiente, por lo menos, para haber tomado habitación en el «Bellevue Park», cuya categoría conocía Janice de referencias.

Dinero.

Cojeando ligeramente, el hombre se desplazaba a lo largo del mostrador para consultar una guía de carreteras. Era en verdad una lástima, una gran lástima que cojease.

El «Bellevue Park»: un palacio en Beverly Hills. En la vida no puede tenerse todo.

—¿Señorita?

Otro empleado había acudido.

—Deseo reservar habitación en Los Ángeles y una plaza en cualquiera de los autobuses de hoy o de mañana. Por favor, un hotel modesto. Céntrico, a ser posible.

El empleado sonreía por un costado de la boca. Un hotel modesto.

Dinero.

—¿Le conviene el «Cromwell»?

Precios, Cálculos.

La esclavitud del dinero.

El «Mirabelle» era más barato, como el «Brompton» y el «Burberry». El «Ireland» y el «Albert» lo eran menos.

El «Brompton»: una covacha en Westbury... En la vida ni remotamente puede tenerse todo...

—¡Oh, perdón! ¿Ha dicho usted una plaza de autobús para hoy o mañana?

—Lo siento mucho, señorita. No había comprendido bien... No hay plazas de autobús hasta el martes. Absolutamente nada.

Janice miró al empleado con estupor.

—¿No hay plazas? ¡Pero yo debo estar en Los Ángeles antes del domingo!

—Estará allí, señorita, si utiliza, otro medio de transporte. Puedo conseguirle todavía un pasaje de avión. O en todo caso...

¡El dinero!

¿Cómo confesar que no se dispone del dinero suficiente para viajar en avión ni en cualquier otro medio que no sea el autobús? ¿Cómo explicar que el presupuesto de gastos ha sido calculado al centavo, de tal manera que ni siquiera veinticuatro horas más de

estancia en Mexicali son posibles?

—No, muchas gracias, en avión no. Y no puedo en absoluto esperar hasta el martes. Si hubiera la menor posibilidad de conseguir billete, siempre que no fuese con un recargo en el precio... Si fuera usted tan amable... Es para mí casi cuestión de vida o muerte.

¡Aquella sonrisa por el costado de la boca!

—Lo intentaré, aunque no le doy esperanzas. Tenga la bondad de esperar un momento. A veces se producen devoluciones.

El empleado se alejó.

—Señorita.

Janice se volvió.

El hombre que cojeaba estaba junto a ella, grave, correcto, mirándola de hito en hito. Había comprendido. Sus cansados ojos expresaban que se había percatado de la situación.

—Le ruego, señorita, que no lo tome a mal ni de a mi ofrecimiento torcidas interpretaciones. Salgo esta noche hacia Los Ángeles. Voy sólo en mi coche y hay sitio de sobra. Sería un placer gozar de su compañía.

¿Torcidas interpretaciones?

El empleado estaba llamando por teléfono.

Salir aquella misma noche, en coche, con todas las comodidades y sin nuevos gastos. ¿Torcidas interpretaciones? ¿Por qué? ¡Una delicia!

Pero los hombres eran en el fondo todos iguales, cualquiera que fuese su apariencia exterior. Janice, pese a su juventud, había tenido ocasiones sobradas de aprenderlo: todos iguales.

El empleado había colgado el teléfono y regresaba.

—Me llamo Paul Marshall —añadió el desconocido con una leve inclinación de cabeza—. Adivino lo que piensa, señorita, y permítame decirle que sus dudas la honran. No tiene, sin embargo nada que temer. Se lo aseguro.

Al otro lado del mostrador emitió el empleado un carraspeo.

—Ha habido suerte... Una probabilidad entre mil.

Una plaza devuelta, una sola, para mañana por la mañana, en el autobús de las ocho.

Janice suspiró. Sostuvo sonriendo la mirada aguda del hombre.

—Hubiera aceptado con mucho gusto, señor, y muy agradecida

a su gentileza, pero ya ve usted que no es necesario. Ha sido por su parte una delicada atención.

—A pesar de todo mantengo mi oferta.

El empleado rellenaba un impreso.

—No, muchas gracias. Sentirse independiente es también un placer.

—Lo comprendo. Feliz viaje, señorita.

¿Qué era lo que acaba de frustrarse? ¿Una amistad interesante? ¿Acaso una aventura? ¿Una ocasión de alterar el monótono ritmo de la existencia?

Mientras el hombre se alejaba con su paso irregular experimentó Janice una sensación rara, una vaga inquietud, una incomodidad indefinible.

Tardó unos segundos en advertir que no era aquel hombre por sí mismo quién se la producía. Era otro. Era un hombre que, en un ángulo de la oficina, fingía examinar un folleto turístico. Las mangas arrolladas de su camisa mostraban los morenos y musculosos antebrazos, y era joven, ancho de hombros, fuerte y ágil como un animal de la selva. Por encima del folleto sus ojos fríos y herméticos la perforaban.



Los ojos fríos y herméticos la perforaban...

No había en aquella mirada admiración, no había deseo, no había halago, no había absolutamente nada de lo que Janice estaba acostumbrada a percibir en las miradas masculinas. Era en cierto modo una mirada inhumana, pero sobrecargada de tensión como un efluvio eléctrico.

Janice intuyó que, desde su rincón, el enigmático individuo había estado observándoles a ella y al cojo con atención especial.

Y no pudo contener un escalofrío.

Viernes, 5 tarde

Cleve Tracy dijo:

—Es cojo. Tienes que haberle visto. Se da así un aire de importancia, un punto como si fuera el rey del mundo. Antes solía ir siempre muy elegante, y supongo que ahora sigue igual. Tienes que haberle visto, Fortunato.

Fortunato miraba como hipnotizado la botella de tequila que había sobre la mesa. Era un indio de pequeña estatura, que llevaba el lacio cabello cortado en flequillo sobre la frente, un dedo escaso más arriba de los lascivos y ávidos ojos. A cien metros hedía a marihuana.

—¿No me oyes? —insistió Tracy.

El indio tomó la botella y volvió a llenarse el vaso.

—Sí.

—¿Has visto a ese hombre?

—No le he visto, pero puedo preguntar.

Por la puerta situada detrás del mostrador de la taberna, un poco a la izquierda de la mesa que Tracy y el indio ocupaban, salía espeso el humo de una fritura. Una película de grasa lo cubría todo en el local.

Era una mugre peculiar, que tenía un olor y un tacto inconfundibles, capaces de producir nostalgia si uno se alejaba demasiado tiempo de ellos.

Los siete u ocho peones que en aquel momento apagaban la sed ante el mostrador, acariciaban la porquería y aspiraban el humo aceitoso con secreto deleite. Cleve Tracy, espatarrado en una silla, sucio, desaliñado, sin afeitarse, semejaba encontrarse allí muy a gusto.

Dijo:

—Pues ve y pregunta.

—¿Ahora?

—Ahora.

Fortunato, el indio, frunció el entrecejo.

—¿Para qué quieres a ese hombre? ¿Hay dinero en el negocio?

Tracy rió en un susurro.

—Le quiero para matarle.

El indio apuró de un trago el tequila, chasqueó la lengua y tendió la mano abierta.

—Serán cincuenta pesos.

—Cincuenta narices. Tú averigua dónde puedo encontrarle. Del precio hablaremos después.

Fortunato movió la mano hacia la botella, pero el norteamericano se le adelantó e impidió que la cogiese.

—¡Eh!

—Luego —dijo Tracy—. Luego la botella entera.

—¿Sabéis lo que sois los gringos? —preguntó el indio, levantándose.

—Cerdos, negreros, judíos o algo así.

Fortunato se encogió de hombros.

—Tú te lo dices todo.

Se marchó arrastrando los pies.

Uno de los peones cantaba a media voz. Una copla triste, lánguida, perezosa, de la que conocía solamente el estribillo. Iba repitiendo éste con persistencia de borracho.

Cleve Tracy se había adormilado cuando, en plazo sorprendentemente breve, el indio regresó.

—Cincuenta pesos.

El norteamericano se hurgó el bolsillo disimulando la satisfacción que experimentaba. ¡Cincuenta pesos! Había perdido muchas horas y malgastado mucho dinero antes de pensar en Fortunato y en que el indio podía serle útil.

Arrojó unos billetes sobre la mesa.

—Vamos, escúpelo ya.

—Ese hombre se llama Paul Marshall.

—No. Es decir, puede que sí, puede que ahora se haga llamar de ese modo. ¿Dónde está?

—En la «Cabaña de Todos los Santos».

—¿Qué cuerno es eso?

—Unas cabinas, lo que llaman un Motel, en la carretera de El Centro.

Cleve Tracy hizo una mueca.

—Muy bien, Fortunato. Muy bien.

Le palmeó la cabeza al indio, fue al mostrador y pagó la botella de tequila. Cuando el tabernero le hubo devuelto el cambio echó a andar hacia la puerta. Para Fortunato ya no existía: tenía la botella en alto y bebía a morro como si el licor fuera agua.

Tracy anduvo hasta la calle Melgar, donde había dejado su nuevo coche, un «Ford» azul comprado de cuarta o quinta mano.

Partió.

Diez minutos después se detenía en la carretera de El Centro ante el edificio principal del Motel, cuyas cabinas se extendían en arco en un jardín rocoso sembrado de palmeras, nopales y pitas.

—¿El señor Paul Marshall? ¿Dice usted el señor Paul Marshall?

El encargado de la recepción era un muchacho de rostro astuto.

—Sí.

—¿Por casualidad es usted el señor Cleve Tracy?

Tracy miraba al empleado con bovina fijeza.

—Sí.

—El señor Marshall se ha marchado ya, pero dejó una nota para usted.

—¡Es imposible!

—Aquí tiene, señor. El señor Marshall dijo que vendría usted tarde o temprano...

—¿Dijo eso?

—Estas mismas palabras, señor.

Un sobre cerrado.

Tracy lo arrebató bruscamente de la mano del recepcionista. Leyó su nombre escrito con letra clara y vigorosa.

El texto que el sobre contenía era muy breve:

«La próxima vez no fallaré. La espera se ha prolongado demasiado para lo corta que es la vida».

—¿Malas noticias, señor Tracy? —preguntó el empleado.

Cleve Tracy, fija la mirada en el vacío, estrujaba el mensaje en su manaza húmeda de sudor.

Replicó entre dientes:

—Poesía barata.

Viernes, 9 noche

Era el mismo y no era el mismo.

Lola sabía muy bien lo que esto significaba. Más que odio, más que desprecio, lo que sentía era dolor, era la pena desgarradora de ver marchitarse las ilusiones y notarse vacía por dentro, agostada, quemada, seca.

Los ojos de oro, la gracia varonil, el vigor insultante, la gallardía, aquel encanto primitivo que se infiltraba hasta las fibras más íntimas de su ser, todo aquello se había difuminado y apagado como si estuviera viéndolo a través de un cristal que se empañaba.

Ahora, negligentemente instalado en una butaca, con un cigarrillo entre los dedos y una sonrisa cínica en los labios, Harry Latimer era sólo un puñado de basura, los sucios restos de un muñeco bonito que ya no sirve para jugar.

Y sin embargo, Lola hubiese dado un pedazo de alma por verle de otro modo.

—Era lo que faltaba —dijo. Tenía demasiado orgullo para traicionar ante aquel miserable aprendiz de «gigoló» sus verdaderos sentimientos—. Cuando ya estaba todo preparado, cuando había previsto en mi plan los menores detalles, resulta que falla lo principal: tú no puedes entrar en los Estados Unidos porque te reclama la policía. Demostraste tu talento metiéndote en un berenjenal por robarle un broche a una vieja. Eres solamente un ratero chapucero y patoso, de quien una no puede fiarse ni para enviarle a comprar tabaco a la esquina. Perfectamente, Harry; para nada me sirves. Espero no volver a verte nunca por aquí.

Él había escuchado fumando en silencio.

Había escuchado muchas cosas, había presenciado el furor de Lola y el estallido volcánico de su indignación. La cínica sonrisa no se borró de sus labios.

Pero entonces dijo:

—Soy todo eso, no pretendo negarlo: un ratero patoso, un fracasado y un paria. Sin embargo, no porque se te hayan abierto los ojos me comprendes mejor.

—La canción del incomprendido me la sé de memoria.

Harry miraba a la muchacha fijamente.

—Me marcharé si lo deseas, no te preocupes. Pero antes quiero que sepas que eres la primera y única mujer que he amado —su voz era dura y fría como el acero—. Deberías ver esto también, puesto que tan lista te crees. Nada he ganado cortejándote, ni nada pretendía ganar.

—¿Qué me dices del dinero de Cleve Tracy?

—¿Me ha llegado un solo centavo de él?

—¡Ya sabes a lo que me refiero!

—Te equivocas por completo, Lola —Harry disparó la colilla de su cigarrillo a través de la ventana abierta—. Tú no amas sino el dinero, tú detestas a los hombres pobres. Muy bien. Eres lo único que me importa en el mundo y por ti estoy dispuesto a hundirme hasta el mismísimo infierno. Quiero el dinero de Tracy para ti, para comprarte, porque comprarte es la única manera de conseguirte. ¡Lo he oído de tú propia boca centenares de veces! Soy sólo un torpe ratero, es verdad, pero por ti no hubiera titubeado en regresar a los Estados Unidos desafiando a la policía —se levantó bruscamente—. Por ti, Lola, no hubiera titubeado... en matar a un hombre. Casi me alegro de que rechaces mi oferta. Procuraré olvidarte, y ya está.

La mujer articuló:

—Puro teatro.

Él le daba la espalda.

—Lamento haber ahuyentado de tu lado a Tracy sin proporcionarte ni un peso en compensación. Privarte de tu gallina de los huevos de oro es el mayor daño que en este mundo podía causarte. Te presento mis humildes excusas —giró en redondo para mirar a Lola a la cara—. Después de esto ya no me queda sino despedirme.

Ella titubeó.

—Espera.

—Dejémoslo, Lola.

—¿Cómo sé que dices la verdad? ¿Quién me asegura que harías todo eso y que realmente lo harías por mí?

—Nadie te lo asegura, por supuesto. Estás ciega.

La mirada de la mujer era calculadora. En pocos momentos se habían esfumado su despecho y su ira.

—¡Espera! Tomemos las cosas con calma. ¿Eres capaz de cruzar la frontera sin que te eche mano la policía?

—No creo ya que valga la pena.

—¡Lo que tú creas me tiene sin cuidado! La gran ocasión de que tanto te he hablado va a producirse, ¡oh, Harry, maldito seas!, y quiero aprovecharla para vengarme de la marranada que Cleve me ha hecho... Es ahora o nunca, ¡ahora o nunca! Él me ha abandonado y, por tanto, no tengo nada que perder.

Harry respiró profundamente.

—Ya veo.

—Mañana le envían a Los Ángeles en viaje especial. Después de lo que ocurrió en El Llano es posible que sea su último viaje. Y en cada uno de los especiales ha pasado de matute una fortuna. ¡Si tú pudieras, Harry! En Méjico estarías seguro. Los dos juntos, piénsalo. Iríamos a la capital, a Acapulco, a Veracruz, a cualquier parte donde no nos conozcan...

—Hasta que se termine el dinero —asintió él con amargura—. Sabes que lo haré, Lola, y que luego de haberlo hecho no tendré más remedio que regresar. Es una jugada digna de ti.

—Olvídate de mis tonterías, encanto. Soy una mujer temperamental, pero mis enfados se van como vienen... Acércate. Debes reconocer que con lo que Tracy me contó de ti anoche había motivo para recibirte de uñas... Acércate, Harry. No pongas esa cara.

Él se acercó.

Fue para ambos una dura experiencia descubrir hasta qué punto había cambiado todo, cómo del fuego no quedaban sino cenizas.

Lola se sintió morir. Hubiera dado, sí, la mitad de su alma por rehacer el maravilloso hechizo roto, pero era ya tarde y no había remedio. El dinero, el odioso dinero era lo único que podía salvarse.

Preparó un *whisky* para Harry cuando se vio libre de sus brazos.

—Tenemos mucho que hablar, encanto. Será un golpe arriesgado y difícil. Siéntate y escucha.

—¿Conoces a un tipo llamado Frank Dodge? —preguntó él de sopetón.

Lola le tendía el vaso.

—No —luego recordó súbitamente: «Me llamo Frank Dodge, señorita». Se frunció su entrecejo—. Es decir, creo que le vi anoche. ¿Por qué?

—¿Podría haber algo entre ese hombre y Tracy? ¿Algo relacionado con lo de El Llano?

—Hay algo, pero no sé si es eso. ¿Por qué, Harry?

Harry tomó el vaso y se encogió de hombros.

—Me he tropezado con él varias veces y tengo la impresión de que anda siguiéndole los pasos a ese elefante. Quizá me equivoque.

—Quizá —dijo Lola.

Viernes, 9'20 noche

Hacía una hora que había cerrado la noche cuando los dos hombres juzgaron propicia la ocasión. Se encontraban en una calle sin pavimentar y parcamente iluminada, cerca del terraplén de Río Nuevo, frente al barrio pobre de la ciudad; un lugar que ni elegido a propósito.

Ambos aceleraron el paso. En un instante dieron alcance al individuo que se había detenido a encender un cigarrillo ante una tapia de adobe.

—¿Te llamas Frank Dodge? —preguntó uno.

—Sí.

—El patrón quiere hablarte.

La brasa del cigarrillo, al avivarse, iluminó unas herméticas pupilas.

—No concedo entrevistas a esta hora.

—He dicho...

—He oído lo que has dicho. Largaos.

Los dos hombres no se largaron.

Frank Dodge sabía muy bien que no lo harían. Estaba prevenido.

Le acometieron ambos al unísono, pero saltando hacia un lado con la agilidad de un tigre, escapó del radio de acción de uno de ellos. El otro se revolvió. Empuñaba un corto machete, con el que

lanzó vistosamente un golpe de abajo arriba.

Dodge esquivó el golpe. Apresó con una mano el brazo armado, con la otra empujó. No semejó que hiciera fuerza. Sonó, sin embargo, un sordo crujido, el hombre aulló de dolor y cayó de rodillas con el brazo roto, doblado en un ángulo imposible.

Su compañero no había desperdiciado un instante, a pesar de lo cual atacó con una fracción de segundo de retraso. Unas manos implacables hicieron presa en él, le voltearon como si fuera un pelele y le proyectaron con terrorífico impulso contra la pared de adobe. El hombre chocó en mala posición, se arrugó y cayó inerte al suelo.

El otro gemía aturdido.

—No concedo entrevistas a esta hora —le dijo Frank Dodge con helado sarcasmo—. Ve y cuéntaselo a tu patrón, sea quien sea.

CAPÍTULO V

Los Ángeles, sábado, 5 tarde

El hombre estaba en mangas de camisa, usaba anchos tirantes azules y mascaba un cigarro. Sus ojos, pensó Janice, ensuciaban al mirar.

—Así que tu nombre, preciosa, es Janice Fuller y vienes del otro lado de la raya recomendada por Tony O'Farrell.

Muy bien. Al patrón le gustará conocerte, le gustará mucho, ¡oh!, ya lo creo...

—Lo que yo quiero saber —dijo con voz forzada la muchacha— es si está aquí y si puedo hablarle —las cosas eran aún peores de lo que había imaginado—. El señor

O'Farrell

me aseguró que habría un puesto para mí en alguna de las cafeterías. Necesito salir de dudas. He llegado hoy mismo, mañana es domingo y tengo el dinero justo para el hotel de estos dos días. Si no consigo el empleo, trataré inmediatamente de encontrar otra cosa.

—La encontrarás —aseguró el hombre—. Una muñeca como tú encontraría trabajo en el desierto.

—¿Puedo o no puedo ver al señor Saxon?

—Yo me llamo Charlie Merkin. Charlie a secas para los amigos.

—Charlie, por favor, ayúdeme —imploró la joven. Sabía por experiencia que apelar al instinto protector masculino solía dar resultado—. Necesito hablar con el señor Saxon cuanto antes.

Dio resultado.

—Está ocupado ahora —respondió Merkin a regañadientes.

—Puedo esperar, ¿no es así?

—Eso es exactamente lo que haces; y yo procuro amenizarte la espera, ¿o no te habías dado cuenta, paloma?

Janice suspiró.

—Gracias.

Las oficinas de la «Compañía Saxon» se encontraban en el piso superior de la central de su cadena de cafeterías. Un local amplio y moderno, bien instalado, muy animado sin duda el resto de la semana, pero vacío y solitario el sábado. Janice había acudido allí sin grandes esperanzas. Su única sorpresa grata fue que se confirmara la predicción que Tony

O'Farrell

le había hecho en Mexicali: «Saxon estará aunque sea sábado. Las fiestas no cuentan para él. Y aún me permito aconsejarla que le visite en sábado, cuando los asuntos de despacho corriente no distraigan su atención. Dígale que va de mi parte. Es cuanto puedo hacer por usted».

Saxon estaba. Pero también estaba el hombre que decía llamarse Charlie Merkin.

—Así que del otro lado de la raya, muñeca. Divertido, ¿no?

Janice no se había divertido.

—Según para quién.

—Pero un tesoro como tú...

—Por favor, Charlie.

Un interfono zumbó sobre la mesa en cuyo borde Charlie Merkin se hallaba sentado. Su sonido, primera señal de vida burocrática en las oficinas desiertas, sobresaltó a la joven.

Merkin movió riendo la clavija de conexión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó una voz grave a través del aparato.

—Pasándolo de primera con una rubita.

—No es momento de bromas, Charlie.

—Le digo la verdad. Una que viene de Mexicali enviada por Tony. Quiere hablar con usted.

—Llévala a la salita azul y ven inmediatamente —dijo la voz con una nota de impaciencia—. Date prisa. Trae el archivador «B» de San Francisco. ¿Sabes dónde está?

—Sí, patrón.

Janice no disimuló el alivio que experimentaba por el hecho de

librarse de la compañía de Merkin. Siguió a éste a través de la dependencia principal de las oficinas, hasta un pasillo lateral que procedía del vestíbulo, y el hombre abrió una puerta de vidrio translúcido que comunicaba con una pieza amueblada con butacas tapizadas de azul.

—Vuelvo enseguida anunció guiñando un ojo.

La muchacha quedó sola. Los pasos de Merkin se alejaron. En el amplio recinto de las oficinas se apagó todo rumor.

La salita azul tenía otra puerta opuesta a aquélla por la que Janice había entrado. Entreabierta.

También tenía en el centro una mesa con revistas.

Tras esperar unos momentos, la joven se fue a tomar Una revista de la mesa. Ello hizo que viera la abertura de la segunda puerta desde un ángulo distinto.

En el suelo, al otro lado del umbral, había algo.

Algo increíble.

¡Eran los pies de un hombre!



SID DIAMOND co

Eran los pies de un hombre...

Janice contuvo a duras penas un grito de horror. Corrió hacia allí movida por un impulso involuntario, y cuando estuvo en la puerta vio al hombre entero. Yacía tendido de costado. Era enorme, un gigantón de edad madura, vestido con un sucio y arrugado traje de algodón; un hombre basto, grasiento y velludo, en cuya caraza

mal afeitada aparecía grabada indeleblemente una expresión de indescriptible angustia.

Le manaba o le había manado mucha sangre del pecho y, por supuesto, era ya cadáver.

La muchacha se sintió desfallecer. Notó que las rodillas se le doblaban. Tuvo que asirse al marco de la puerta, pero fue, más que otra cosa, el asco de ir a caer sobre aquel repulsivo corpachón ensangrentado lo que le permitió mantener el equilibrio.

Un gemido entrecortado escapó de su boca.

Ahora hubiera querido lanzar el grito que poco antes se esforzó por contener, y no profería más que un gemido casi inaudible. No tenía aliento ni voz. No tenía fuerzas.

La invadió una sensación de irrealidad.

¿Cómo podía estar allí un hombre muerto? En el silencio, en la calma abrumadoramente normal de las oficinas vacías, ¿cómo podía haber un cadáver?

Apeló a toda su energía para apartar la vista del macabro espectáculo y retroceder a través de la salita hacia el pasillo.

¡Fue entonces cuando gritó!

Fue al descubrir que desde la puerta del pasillo, abierta sin ruido, otro hombre la estaba mirando.

—Cállese —ordenó secamente él—. Armar escándalo es lo que menos le conviene.

Janice balbució:

—Ahí detrás... Ven...

El hombre avanzó con rapidez hacia la otra puerta y se agachó un instante para tocar el cadáver. Inmediatamente después estuvo junto a la joven. La asió del brazo.

—Venga conmigo.

Ella se dejó conducir, incapaz de oponer resistencia. Le parecía conocer a aquel hombre, el contacto de cuya mano de hierro le infundía una sombra de confianza. En medio de su aturdimiento, percatándose de que sus nervios cederían de un momento a otro, tenía sin embargo la vaga impresión de que no era la primera vez que veía aquellos ojos fríos y enigmáticos, aquella figura ágil y fuerte como la de un tigre, en la que el salto y el zarpazo contenidos se adivinaban con premonición espeluznante.

Antes de que reaccionara se encontró fuera de las oficinas, en la

escalera que conducía a la calle. Entonces recordó: su empleo, el dinero, la cuenta del hotel, la búsqueda desesperanzada.

Sacudió el brazo para soltarse.

—¡No! ¡No puedo marcharme! ¡Por Dios, tengo que hablar con el señor Saxon! ¡Déjeme!

La mano de hierro no aflojó su presa.

—¿Está loca?

—¿Quién es usted?

—Ahí dentro se ha cometido un asesinato.

—Pero yo...

—Usted se calla y viene conmigo.

Janice sintió ganas de llorar.

Un asesinato.

Una horrible pesadilla.

Luego advirtió nebulosamente que salía a la calle, que el hombre la conducía a paso vivo hacia la esquina, que más allá de ésta la metía en un coche.

Los sollozos la vencieron.

Cuando logró dominarse vio que el coche marchaba a poca velocidad por una avenida flanqueada de tilos. A la derecha destacaba el edificio de la «Scheffer International», indicio de que el vehículo se dirigía a Pasadena. Tenía que haber transcurrido desde la salida de las oficinas de Saxon un lapso de tiempo considerable.

El hombre conducía mirando al frente, hierático, impassible, metido dentro de sí como en una funda.

¡Sus ojos!

Como un relámpago acudió el recuerdo a la mente de la muchacha. Había visto por primera vez aquellos ojos la misma víspera, en Mexicali. Perforándola por encima del borde de un folleto turístico.

¡Aquel hombre!

—¿Se ha tranquilizado?

Janice, con manos temblorosas, abrió su bolso para sacar un pañuelo.

—No hay razón para que me tranquilice —respondió débilmente, secándose las lágrimas—, pero supongo que la naturaleza humana resiste más de lo que parece. Una sigue en pie aunque se le derrumbe el mundo encima. Es asombroso.

—De modo que la muerte de Cleve Tracy equivale para usted a derrumbársele el mundo encima.

—¿Cleve Tracy?

—Eso he dicho.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Frank Dodge.

Janice sacó del bolso un cigarrillo y lo encendió. Trataba de reflexionar. Trataba de serenarse y coordinar sus ideas.

—Algo raro ha ocurrido —dijo después—. Soy una persona escéptica y realista, desconfío por instinto de las coincidencias maravillosas y tengo la inteligencia suficiente para comprender que en relación conmigo se ha producido o está a punto de producirse una confusión. Le vi a usted ayer en Mexicali.

—¿Sí? —articuló Frank Dodge, fríamente.

—Le vi en la oficina de viajes, cuando compraba mi billete y me hacía reservar habitación en el «Brompton». Yo cambié unas palabras con un desconocido que venía también a Los Ángeles, un hombre que cojeaba ligeramente. Usted nos vigilaba a los dos con evidente interés. —Janice aspiró una profunda bocanada de humo—. Supongo que la confusión se produjo entonces y que ése es el motivo de que me haya seguido hasta aquí.

—Yo no la he seguido.

—Le he dicho que no creo en coincidencias maravillosas.

—Yo tampoco. Y porque no creo en ellas sólo me ha sorprendido a medias hallarla en las oficinas de Saxon.

—¿Quiere decir que lo esperaba?

—Quiero decir lo que digo. Usted, por supuesto, me endosará cualquier explicación para justificar su presencia allí. Al mismo tiempo que Cleve Tracy, nada menos...

—¿Cleve Tracy es el hombre asesinado?

Dodge emitió una grave y desdeñosa risa.

—¡Vamos!

—Entiendo. Usted cree que mi visita a las oficinas tiene relación con ese pobre hombre. Es capaz de creer que yo le he matado.

—Puede haberlo hecho.

Janice se estremeció.

—¿Por qué no aclaramos la situación de una vez? Me llamo Janice Fuller. Hace seis meses me ofrecieron un empleo de jefe de

camareras en un parador turístico que una empresa norteamericana inauguraba en la playa de Santa Inés, en Sinaloa. El sueldo era superior en un cincuenta por ciento a lo que entonces estaba ganando en Santa Mónica, así que cometí la tontería de aceptar y me marché a Méjico. El negocio fracasó y fue a la quiebra. Me encontré en la calle, sin dinero, en un país extranjero, sin un sindicato que me amparase y sin posibilidad de obtener un nuevo empleo, como no fuese en otra empresa norteamericana. Alguien me habló de un hombre llamado

O'Farrell,

dueño de un restaurante en Mexicali, quien solía contratar personal de nuestro país. Marché a Mexicali.

O'Farrell

no tenía sitio para mí ni pudo ofrecirme en la ciudad nada que me conviniera, pero me aconsejó que regresara a Los Ángeles y me presentase de su parte a Jerry Saxon, propietario de una cadena de cafeterías. Vine sin esperanzas, con el dinero justo para el viaje en autobús y para un día o dos de hotel. Conocía las cafeterías Saxo, cualquiera las conoce si ha estado alguna vez aquí. Me pareció improbable encontrar trabajo en ellas, pero no me quedaba otro remedio que probarlo. He salido de Mexicali esta mañana, y lo primero que he hecho después de dejar la maleta en el «Brompton» ha sido seguir hasta el fin el consejo del señor

O'Farrell.

Un hombre llamado Charlie Merkin me ha recibido en las oficinas y me ha conducido a la salita de espera, según Jerry Saxon, que estaba ocupado, le ha ordenado por un teléfono interior. La sorpresa más grande de mi vida... Bien, no es necesario que le explique también esto. No habla usted en serio cuando dice que yo puedo haber matado a aquel infeliz. Pero es una cosa tan asombrosa, tan inverosímil... no sé, tan horrible...

La historia había dejado indiferente a Frank Dodge.

—No tiene usted suerte —comentó.

—Nunca la he tenido.

—¡Oh, no hablo en términos generales! El cuadro que me ha pintado resultaría bastante aceptable si yo no la hubiera visto en Mexicali en compañía de Paul Marshall. Fue mala suerte, lo reconozco.

—¿Paul Marshall es el hombre cojo? —exclamó la joven con vehemencia—. ¡De modo que es cierto! ¡La confusión procede de que nos viera usted hablar!

—Suponiendo que se trate de una confusión.

—¿No me cree?

—Ni usted me creería a mí. Ambos desconfiamos de las coincidencias maravillosas.

Con súbito impulso, Janice se inclinó hacia el hombre y apoyó una mano en su antebrazo.

—Por favor, cuénteme lo que ocurre. ¿No se da cuenta de mi situación? Nunca había visto de cerca a una persona muerta violentamente, y ahora no sólo me he tropezado con un cadáver en el lugar y el momento en que menos lo esperaba, sino que he perdido la última posibilidad de conseguir un empleo y me veo mezclada...

—Está bien —atajó él.

—¡No, no está bien de ningún modo!

Hubo un instante de silencio.

—Paul Marshall fue a Mexicali para matar a Tracy —dijo luego Dodge con la misma naturalidad que si hablara del tiempo—. Lo intentó una vez contratando a tres pistoleros profesionales mejicanos, y fracasó, lo cual le indujo sin duda a llevar a cabo el segundo intento de una manera menos burda. Tracy ha venido a Los Ángeles esta mañana. ¿He de pensar que es una coincidencia maravillosa el que yo la viera a usted ayer hablando con Marshall y la haya encontrado hoy junto al cadáver del hombre a quién Paul Marshall quería matar?

Janice había palidecido.

—Lamento decirlo que sí lo es. Y ahora soy yo el que no cree su historia.

—¿Por qué no?

—Principalmente porque ese hombre, Paul Marshall, no puede ser un asesino. Le he visto una sola vez en mi vida, he cambiado con él media docena de palabras; coincidimos en la oficina de viajes y se limitó a ofrecirme una plaza en su coche cuando oyó que no había billetes de autobús, porque adivinó mi apuro. Esto fue todo. Pero sé que un hombre como él no puede ser un asesino.

Dodge sonreía enigmáticamente.

—Maravillosas coincidencias. Como el hecho de que haya usted visitado las oficinas de Saxon aconsejada por Tony O'Farrell.

—¿Eso qué importa?

—Cleve Tracy negociaba con O'Farrell.

Y las oficinas de Saxon son, de toda la ciudad, el único lugar donde era absolutamente seguro que se encontraría a Tracy esta tarde. Allí estaba concretamente la meta de su viaje desde Mexicali.

—¡Pero yo no lo sabía! ¡Yo ignoraba incluso que ese hombre existiese! ¡No le había visto ni oído su nombre jamás!

—Es posible.

La muchacha hizo un gesto de exasperación y arrojó su cigarrillo por la ventanilla del coche.

—¿Quiere usted contestar a una pregunta?

—Diga.

—¿Por qué deseaba Paul Marshall matar a Cleve Tracy?

Dodge se humedeció los labios con la lengua.

—Porque Tracy mató hace un año a su esposa.

—¿A la esposa de Marshall? —preguntó Janice con voz débil—. Eso es espantoso...

—Todo en torno a Cleve Tracy era espantoso —dijo Dodge un momento después—. No me sorprendería que él mismo se alegrase de haber muerto.

CAPÍTULO VI

Los Ángeles, sábado, 6'15 tarde

Janice se había convencido de que pedir explicaciones era inútil. No las pidió cuando Dodge detuvo el coche en Cottonwood Bulevar y la condujo al pequeño edificio de apartamentos rodeado de álamos. Él, por su parte, no dijo una palabra. Parecía muy seguro de lo que estaba haciendo.

Un hombre corpulento, de mediana edad, ligeramente calvo, que sostenía en la mano una pipa, abrió la puerta. Sus ojos azules chispearon: fue la única señal de que la visita que recibía le produjera alguna emoción.

Preguntó:

—¿De regreso?

—Por ahora —dijo lacónicamente Dodge.

Se movía con desenvoltura. Transpuso el umbral, miró en torno, abrió una de las tres puertas que se veían en el vestíbulo.

El otro hombre invitó a Janice:

—Entre.

Ella obedeció.

Dodge le hizo un signo.

—Pase ahí y espere —mostraba el interior de la habitación—. No se impaciente ni cometa estupideces; será mejor para todos, para usted en primer lugar.

La muchacha obedeció de nuevo sin la menor protesta.

El otro hombre había cerrado la puerta exterior y retrocedido hacia la amplia sala de estar, donde la televisión estaba funcionando. Dodge le siguió y, sin detenerse, se dirigió a un aparador, del que sacó una botella de *whisky* y un vaso.

—¿Quién es ella? —inquirió el hombre.

—No lo sé con exactitud —Dodge se escanció tres dedos de licor, alcanzó el frigorífico rodeando el blanco mostrador que separaba la sala de la cocina y agregó hielo y soda al contenido del vaso—. Quiero que la tengas algún tiempo en custodia.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que aclare algunos puntos.

El hombre parecía saber lo que el vaso de *whisky* significaba. Lo señaló con el pulgar.

—Algo va mal, ¿no es así?

Dodge bebió un largo trago.

—Se han cargado a Tracy.

—¿En Mexicali?

—Aquí. Prácticamente ante mis narices.

—Lo siento, Frank.

Con una mano en el bolsillo de los pantalones, el vaso en la otra, la cabeza inclinada, Dodge caminaba de un lado a otro de la habitación como un tigre enjaulado.

—Era la ocasión que estábamos esperando, Teddy, y alguien ha tenido que intervenir y estropearlo todo. No tienes idea del cenagal en que poco a poco se había metido Tracy. El pasado miércoles fue objeto de un atentado que por un pelo no le costó la vida, pero cuando le he visto salir hacia aquí he pensado que quizá el asunto se salvaría antes de que le echaran mano cuántos andaban detrás de su pellejo. Inútil. Le han matado en las propias oficinas de Saxon, y si esa chica dice la verdad, el mismo Saxon lo ignoraba. Me inclino a creer que Tracy ha llegado antes que él, que le aguardaba cuando le ha sorprendido su asesino. Saxon y su lugarteniente no sabían que tenían en la oficina el fiambre.

—¿Y la mercancía?

—Ni rastro.

—Tracy habrá venido de vacío...

—Todo lo contrario, Teddy. Si venía a Los Ángeles es porque se trataba de una entrega especial. Normalmente no pasaba de Las Agujas o de San Diego. Por eso te digo que era la ocasión que esperábamos; con un poco de suerte, el funeral definitivo de Jerry Saxon y su gentuza. Pero nuestra única esperanza residía en pillarles con las manos en la masa.

El hombre encendía su pipa.

—¿Qué es lo que dice la chica?

—Dice que ha acudido a las oficinas para pedirle un empleo a Saxon, que la ha recibido Charlie Merkin y que la ha acomodado en una salita para que aguardase. Desde esta salita se veían los pies del cadáver de Tracy. Merkin no la hubiera llevado si lo hubiese sabido.

Teddy sonrió ceñudamente.

—Saxon se encontrará de todos modos en complicaciones. Un cadáver en sus oficinas no es fácil de justificar.

—Lo es sí, como él, se cuenta con amigos fieles en la policía.

—¿Quién ha hecho en realidad el trabajo?

Dodge tenía ya el vaso casi vacío.

—Sólo puedo decirte quién hizo el del pasado miércoles: George Morrison.

—¿Estás loco?

—Fue él.

—Morrison se marchó a Venezuela.

—Ha regresado, Teddy. Usa el nombre de Paul Marshall y estaba hasta ahora en Mexicali.

—¿Insinúas que ha venido a Los Ángeles en pos de Tracy?

—¡Insinuarlo! —rió Dodge con despecho—. Reservó desde Mexicali habitación en el «Bellevue Park». Te aseguro que ha venido. Y si es él quien directa o indirectamente se ha entrometido en esto, lo pagará caro.

Teddy chupaba absorto su pipa.

—Es él. Siendo las cosas como tú dices, es él. Juró que mataría a Tracy y ha cumplido su palabra.

—O no.

—Es él —repitió Teddy.

Dodge acudió de nuevo al aparador y al frigorífico. Regresó con el vaso lleno, moviendo dubitativamente la cabeza.

—Morrison, o Marshall, fue a Mexicali con el propósito de matar a Tracy, en efecto —dijo—; pero lo intentó y fracasó, y ahora es posible que otro se le haya adelantado. Tenía que haber estado allí, Teddy.

Hubieras notado enseguida que Cleve Tracy llevaba encima el sello de la muerte.

—Tú lo sabrás mejor que yo.

—Te digo lo que vi. El muy estúpido se había liado con una

bailarina mejicana que le sangraba el dinero a chorros, y a última hora cometió la tontería de romper con ella por las malas, sin la menor compensación. Esa hiena no se ha resignado a perder sus rentas. No es del tipo que se resigna.

Teddy enarcó las cejas.

—No veo a una bailarina mejicana persiguiendo a Tracy hasta Los Ángeles y matándole en un lugar como las oficinas de Saxon.

—Un hombre haría por una mujer lo que ella no haría por sí misma.

—¿Existe ese hombre?

—Creo que sí.

—Muy bien, Frank, allá tú.

—Hay otra cosa —dijo Dodge. Examinó al trasluz el contenido de su vaso—. Anoche, en Mexicali, intentaron matarme.

Teddy le miró a la cara.

—¿A ti?

—Sí.

—Frank, todo eso es un rompecabezas absurdo.

Dodge interrumpió sus paseos y fue a sentarse en una butaca. No era por casualidad que desde allí viera el vestíbulo y la puerta exterior.

—No he perdido el tiempo al otro lado de la raya, Teddy —declaró—. La mayor parte de mis sospechas se han confirmado. Funciona en la California del Norte mejicana una verdadera organización comercial para la elaboración y venta de marihuana, que se surte de las plantaciones de algunas grandes haciendas de aquel Estado y del de Señora. Son varios los propietarios comprometidos, pero la clave del negocio la posee un solo hombre a cuyo cargo corre el almacenamiento y distribución de la mercancía. Este hombre fue en Ciudad de Méjico una importante figura política antes de retirarse a la vida privada y establecerse en el norte del país. Su influencia se extiende a los círculos más insospechados. Se llama Antonio Carrasco, y para él ha estado trabajando Tracy. Es la cabeza absoluta de una red de terratenientes, comerciantes y pequeños caídos, como don Carlos Manzaneda, don Alipio Lezama, don José González y otros de quienes hemos oído hablar invariablemente cada vez que se ha planteado el problema del contrabando de

«ju-ju».

Teddy se encogió de hombros.

—La eterna historia, con los mismos o distintos nombres. Lo que ocurre en territorio mejicano no hay más remedio que considerarlo fuera de nuestro campo de acción. No era eso, Frank, lo que buscabas.

—Ya sé que no. Yo pretendía y pretendo levantar la caza aquí. Cleve Tracy era el instrumento de que iba a valerme.

—¿Y bien?

—Carrasco es un hombre peligroso. Bastó con que Tracy le pusiera en guardia contra mí para que enviase a dos de sus matarifes a mi encuentro. Estoy preguntándome si no habrá él despachado al propio Tracy por considerar que se había convertido en un estorbo inútil.

—Suponiendo que se hubiera convertido en eso... —observó Teddy a media voz.

Dodge fijaba la mirada en el vestíbulo.

—Estaba acabado.

—¿Hasta ese punto?

—Sí, Teddy, hasta ese punto. Sentí lástima de él cuando volví a verle. Cleve Tracy no sabía quién era yo, aunque aquí, en Los Ángeles, poco antes de su marcha, se había tropezado conmigo muchas veces, pero creo que lo sospechaba. Fui a su encuentro anteayer, y se asustó. Se ponía de un modo raro cuando le entraba el miedo, como si se durmiera de pie, como si el cerebro se le embotase. Me di cuenta enseguida de que no había nada que hacer. Pretender que me echara una mano, pensar que podía engañarle para que involuntariamente me ayudase a ver el negocio desde dentro, bueno, era absurdo, así que cambié de idea. Trata de imaginar a un viejo elefante sarnoso, aterrorizado, exasperado, herido de muerte y que ha perdido la confianza en sus fuerzas... Eso era Tracy en sus últimos días.

—Sin embargo, parece que las cosas le iban bien.

—Ganaba dinero. No basta con ello si uno no tiene, además, algo que le impulse a vivir.

Teddy se aproximó al televisor y lo desconectó. Acarició con las yemas de los dedos el borde de la pantalla.

—Eres un sentimental, Frank.

—¿Quién no lo es? Procuro simplemente ponerme en el lugar de los demás, y te aseguro que el de Tracy no era un lugar cómodo. Yo podía representar para él una nueva amenaza. El jueves, después de hablar conmigo y de pelearse con la bailarina, fue a casa de Carrasco y juraría que le dijo que yo era un elemento indeseable. Carrasco me hizo seguir durante todo el viernes por dos de sus hombres, que al cerrar la noche, cuando les di ocasión, me atacaron. Si no me equivoco, la facilidad con que los dejé fuera de combate contribuyó a la caída de Tracy; es decir, habría contribuido si hubiera estado yo en el lugar de Carrasco. Sentimentalismo criminal, Teddy.

—Empiezo a comprender.

Dodge se puso en pie y apuró su *whisky*.

—Don Antonio Carrasco merece mucha atención. La malla más importante de su red, Cleve Tracy, estaba dando alarmantes señales de debilidad: había sido objeto de un atentado a la luz del día, acababa de enemistarse con una mujer vengativa y codiciosa, y por añadidura le rondaba un sujeto peligroso, un tal Frank Dodge, capaz de deshacerse con las manos desnudas de dos asesinos armados, en menos de un minuto. Si yo fuera Carrasco y en mi red hubiera una malla así, la suprimiría sin vacilar.

—¿Quién ha matado a Tracy, Frank? —preguntó Teddy burlonamente.

Dodge se encogió de hombros.

—Me marchó a ver a Morrison, alias Marshall —dijo, por toda respuesta.

—¿Y la chica?

—Quédatela hasta que te avise.

—No me refiero a eso.

—La chica ha venido de Mexicali el mismo día que Cleve Tracy, la envía Tom

O'Farrell,

se ha presentado en las oficinas de Saxon un sábado por la tarde alegando que desea un empleo y ha sido vista junto al cadáver de Tracy antes que nadie. A pesar de ello, dice que no cree en coincidencias maravillosas.

—¿Y qué? Te conozco, Frank.

—La policía no dejaría de ella ni los huesos.

Teddy sonreía.

—Ya me parecía a mí.

Dodge examinó perplejo su vaso vacío antes de depositarlo sobre una mesa.

—Temo que he bebido demasiado —dijo.

Saludó con la mano y se marchó.

Sábado, 7 tarde

La voz de Jerry Saxon dio su nota de sobriedad:

—Ofrece cigarros, Charlie. Saca el *whisky*. La norma de no beber en acto de servicio no rige cuando se está entre amigos.

Charlie Merkin se había puesto la chaqueta en atención a los visitantes. Sonreía. Se mostraba obsequioso.

Sentados en el diván y en las amplias butacas de cuero del lujoso despacho de Saxon, el teniente Lyle, el sargento Gunther y los dos detectives de la Brigada de Homicidios parecían hallarse a sus anchas. La expresión solemne del rostro de todos ellos, patentemente fingida, prestaba no obstante, a la escena un aire artificial.

—En el fondo no me sorprende que el viejo Cleve haya terminado así —declaró Lyle. Era hombre de mediana estatura, presumido, que vestía siguiendo los dictados de la moda inglesa. Había descubierto años atrás a un sastre judío que por un pequeño sobreprecio colocaba en sus trajes las etiquetas de los más famosos establecimientos londinenses—. Cuando uno empieza a rodar por la pendiente no es de extrañar que abajo tropiece con un asesino.

Saxon le miró con melancólica simpatía.

—No todos tenemos suerte en la vida, teniente. Yo apreciaba a Cleve Tracy a pesar de todo.

—Yo también. En otra época fue mi maestro. Usted sabe que me conté entre quienes abogaron por que se le retirase con dignidad.

—Sí —dijo Saxon.

Sabía aquello.

Sabía muchas, muchísimas cosas del teniente Lyle y de la

mayoría de sus colegas. Las había sabido del sargento Cleve Tracy antes del incidente que puso fin a su carrera policiaca y le alejó de Los Ángeles. Ciertamente, Lyle actuó entonces como ahora proclamaba: fue de los que no descansaron hasta que se evitó el escándalo echándole al asunto tierra encima. Lo hizo, como todos, porque el escándalo le hubiera arrastrado sin remedio a él.

Cleve Tracy dimitió por oscuros motivos de salud. Pero ya mucho antes había empezado a rodar por la pendiente a cuyo pie le esperaba un asesino.

Charlie ofrecía, cigarros.

—No veía mucho a Tracy últimamente —añadió Saxon mirándose pensativo las uñas—. Venía poco por la ciudad. Tengo entendido que sus negocios le permitían ir tirando, aunque nunca era demasiado explícito cuando hablaba de sus cosas. Alguna vez me visitaba. Un hombre agradecido, eso sí.

—Usted hizo mucho en su favor.

Con un ademán quitó Saxon importancia a la cuestión. Tenía un buen surtido de ademanes similares. Cuadraban perfectamente con su digna y señorial apariencia, su bien peinado cabello castaño, sus oscuros trajes cruzados, su pálido y distinguido rostro y la gardenia que invariablemente lucía en el ojal.

—Siempre le consideré un desdichado. Pero ya ve usted, querido Lyle: el hecho de que el pobre Tracy me guardara agradecimiento y se creyera obligado a venir a saludarme cuando visitaba Los Ángeles, me ocasiona ahora esta enojosa distorsión. Ha tenido que morir precisamente en mi oficina. Conste que no le culpo, entiéndame. Era uno de esos infelices que estropean cuánto tocan, que ponen en todo la mejor voluntad y no consiguen sino causar daño, tanto a los demás como a sí mismos.

El teniente suspiró.

En las dependencias inmediatas estaban los hombres de la Brigada practicando las pesquisas de reglamento, pero aquel suntuoso despacho semejaba hallarse en otro mundo. No le sorprendía: conocía a Jerry Saxon y no esperaba otra cosa. Una persona como Saxon pedía convertir lo que no era en realidad sino un interrogatorio policiaco en una especie de visita de pésame.

—Hay en este lamentable suceso una serie de puntos enigmáticos —dijo, haciendo un esfuerzo por conducir la

conversación al tema principal—. El primero de ellos, a mi entender, es que Tracy se encontrase en el interior de las oficinas en ausencia, no sólo de ustedes, sino de todo el personal. El señor Merkin ha declarado textualmente que ustedes descubrieron el cadáver a su llegada aquí. Las oficinas estaban cerradas. Luego, es de suponer que alguien se había introducido en ellas, alguien que disponía de una llave o de un medio cualquiera de entrar, y que posteriormente le abrió la puerta a Tracy. Esta persona forzosamente tiene que ser el asesino. Los hechos, como usted ve, parecen indicar que se trata de un empleado de la empresa.

La cara de Saxon expresaba un elegante asombro.

—¡Charlie! ¿Has armado tú esa confusión?

Charlie Merkin tosió.

—Patrón, no sabe cuánto lamento...

—¿Nosotros descubrimos el cadáver a nuestra llegada?

—Bien, no fue exactamente a nuestra llegada, pero quise decir que no lo vimos hasta que... ¡Oh, cáscaras! No teníamos, la menor idea de que Tracy estuviera aquí. No teníamos ni la menor idea.

—Discúlpele —dijo Saxon al teniente, con una paternal y compasiva sonrisa—. Eran más de las cinco cuando encontramos muerto al pobre Tracy, y Charlie y yo habíamos llegado aquí alrededor de las tres. La puerta exterior de las oficinas quedó abierta como de costumbre. Charlie no estaba en el vestíbulo, y sólo estuvo allí eventualmente, y de tres a cinco cualquier persona pudo entrar sin que él la viese. Mucho temo que sea ésta la realidad...

Lyle escuchaba entornando los párpados.

—Entiendo.

—Charlie, háblale al teniente de esa muchacha.

Merkin volvió a toser.

—La encontré en el pasillo, cerca de la puerta del departamento de Publicidad, buscando, y parecía desorientada. Me dijo que había entrado sin encontrar a nadie. La llevé a mi despacho. Me contó que venía de Méjico y quería pedirle un empleo al patrón. Luego él llamó por teléfono y me ordenó que la hiciera esperar en la salita azul. La acompañé a la salita y la dejé sola. Cuando volví a por ella, diez minutos o cosa así más tarde, se había marchado. Entonces vi que Tracy estaba muerto detrás de la puerta que comunica la salita con el pasillo de la sección de compras.

Saxon sonreía con aplomo. Media hora antes había sostenido una conferencia telefónica con Mexicali y cambiado impresiones con Tony O'Farrell.

Estaba seguro de que podía hablar de la muchacha a la policía sin temor a complicaciones.

—Parece —dijo— que esa joven venía a mi aconsejada por un compatriota residente en Méjico, a quién conozco superficialmente. Eso es todo lo que sé de ella.

El sargento y los dos detectives prestaban al *whisky* y los cigarros la mayor atención. No así Lyle, a quién una arruga de preocupación surcaba la frente.

—¿Era mejicana?

—No —dijo Merkin.

—¿Dio su nombre?

—Janice Fuller, si no recuerdo mal. Y habló de que se alojaba en un hotel, de que tenía apenas dinero para pagar la cuenta de un par de días.

—Toma nota, Gunther.

El sargento prescindió por un momento de su vaso. Merkin repitió el nombre: Janice Fuller.

—¿Quién es el hombre que la enviaba, señor Saxon? —inquirió Lyle.

Saxon miró a Charlie Merkin.

—Tony

O'Farrell,

de Mexicali —dijo éste.

El teniente se mordió los labios.

—Tracy tenía negocios en Mexicali, según creo.

—Sí.

—Podría ser algo más que una coincidencia. Usted, señor Saxon, o usted; Merkin, ¿notaron esta tarde en las oficinas algo anormal? ¿Oyeron, desde el momento de su llegada hasta el hallazgo del cadáver, algún ruido insólito?

Ambos hombres movieron negativamente la cabeza.

—Lo primero que oí fueron los pasos de la chica —dijo Merkin.

—A Tracy le han matado de un tiro. Pudo oírse el disparo, incluso en el caso de una pistola provista de silenciador.

—Este despacho está insonorizado —hizo notar Saxon amablemente—. Por lo demás, el local es grande. Si Charlie se encontraba en el suyo con la puerta cerrada, o en alguna de las dependencias de aquel lado, dudo que oyera nada semejante a un disparo efectuado con silenciador en las inmediaciones de la salita azul. Cabe la posibilidad contraria, naturalmente, pero el hecho es que no lo oyó; o por lo menos así lo afirma.

—Claro que no lo oí, patrón. Sólo los pasos, cuando guardaba en el archivo de Publicidad los clichés de Jimmy Melton. Enseguida asomé la cabeza y vi a la chica.

Lyle preguntó:

—¿Parecía venir directamente de la puerta de entrada?

—Podía venir directamente —Charlie Merkin pestañeó—. Pero también podía venir de la salita azul o de cualquier otra parte si después de estar allí había retrocedido hasta el vestíbulo.

El teniente asintió sin convicción.

—Descríbeme con detalle a esa mujer.

Escuchaba a Charlie Merkin, pero él miraba a Saxon. Le hubiera gustado saber si era satisfacción lo que por un momento había dejado traslucir éste en su cansada y elegante sonrisa.

CAPÍTULO VII

Los Ángeles, sábado, 7'30 tarde

Resultaba quizá demasiado serio para el gusto general imperante en Beverly Hills, no tenía la estridencia, el toque fanfarrón o el colosalismo un poco de cartón y yeso que la gente de cine había extendido en amplio círculo alrededor de los estudios, pero Dodge se dijo que era indiscutiblemente el marco adecuado a un hombre como Paul Marshall, o por lo menos a la clase de hombre que Marshall aparentaba ser.

El recepcionista dijo:

—Dos-dos-seis.

—¿Está?

—¿Desea que le anuncie?

—Prefiero probar suerte —Dodge enseñó los dientes en una fría sonrisa—. Al señor Marshall le gustan las sorpresas.

Tomó el ascensor hasta el segundo piso.

Para alojarse en un hotel como el «Bellevue Park» se necesitaba dinero, algo que Paul Marshall no tenía cuando usaba su verdadero nombre de George Morrison, un año antes. Las cosas parecían haber mejorado para él a raíz de su estancia en Venezuela; si no todas, las cosas materiales.

Segundo piso.

Dodge llamó a la puerta que ostentaba el número 223.

Los ojos de Morrison fueron lo primero que vio.

—¿Qué desea?

Las pupilas azules contrastaban con la tez tostada por el sol venezolano. Eran las pupilas inteligentes y fatigadas de un hombre para quien el espectáculo del mundo carecía hacía mucho tiempo de alicientes.

—Vengo de Mexicali. Necesito hablar con usted.

—¿Está seguro?

—Lo estoy, señor Morrison.

Oír su verdadero nombre no hizo mella en la calma de Marshall.

Se apartó a un lado para que Dodge entrase.

Vestía un largo batín de seda negra y calzaba chancletas de rafia. Daba la sensación de estar desnudo debajo del batín. Su cabello húmedo parecía indicar que recientemente se había bañado o duchado.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Frank Dodge.

—Un nombre no representa nada.

—Para usted no, por supuesto.

Morrison captó la alusión.

—Marshall es el apellido de mi madre —cerró la puerta y se adentró cojeando en el gabinete—. Mi nombre completo es George Francis Paul Marshall Morrison. Espero que no sean estas pequeñas amenidades familiares la razón que le ha inducido a hacerme esta visita.

—No —dijo Dodge.

—Iba a prepararme un ron *seltz*. ¿Le apetece?

—¿Es una libación purificadora?

Morrison se detuvo ante la puerta auxiliar donde había botellas, vasos y un recipiente con hielo. Miró atrás por encima del hombro.

—¿De qué está hablando?

—De antiguos ritos. Del baño y la libación que purifican cuerpo y alma.

—¿Después de un viaje?

Dodge dijo a media voz:

—Después de un crimen.

Con mano firme tomó Morrison la botella de ron y escanció dos vasos. Extrajo los cubitos de hielo del recipiente con ayuda de unas pinzas. Echó en cada vaso un chorro de *seltz*.

Su mano seguía firme como un soporte de acero cuando tendió el vaso a Dodge. Sus ojos miraban de frente.

—Es usted un hombre enigmático. Siéntese, por favor.

Dodge tomó el vaso, retrocedió unos pasos y se acomodó en una butaca.

—Está usted muy seguro de sí mismo, señor Morrison.

El cojo sonrió.

—No me agrada que me digan eso. Sólo los tontos están seguros de sí mismos; sólo lo están quienes ignoran las pavorosas flaquezas que arrastra consigo todo ser humano.

—Como el odio a muerte.

—Ésa es una.

—Como el afán de venganza.

Morrison levantó el vaso y bebió un sorbo.

—¿Sería indiscreción preguntarle a qué ha venido, señor Dodge?

—Se lo diré. Hace aproximadamente un año desempeñaba usted el cargo de ingeniero ayudante en las *Caxton Industries* y residía aquí, en Los Ángeles, con su esposa; una vida feliz, regular, corriente y modesta. Un sábado por la noche fueron ustedes víctimas de un desdichado accidente, sin embargo, y todo aquello acabó. Un sargento de Policía llamado Cleve Tracy le confundió a usted con otro hombre a la salida de un club nocturno. Se originó una discusión. Tracy sacó la pistola. La esposa de usted, alarmada, trató de interponerse, pero su gesto hizo perder al policía el control de sus actos. Comenzó a disparar. Su esposa resultó muerta y usted gravemente herido. Salió del trance, a pesar de la gravedad, sin más huellas físicas visibles que una leve cojera. Las otras huellas, las no físicas, aunque imperceptibles a simple vista, no fueron precisamente leves.

Morrison se había quedado inmóvil como una estatua.

—¿Es necesario recordar todo eso?

—Me guío por mi criterio personal —dijo Dodge, escrutando deliberadamente en los ojos del hombre—. Hubo en la desgracia que se abatió sobre usted, señor Morrison, algo particularmente miserable. El sargento Tracy era un pobre hombre, débil de carácter, solitario, un fracasado en potencia que había alcanzado los galones por recomendaciones políticas. Estaba metido en infinidad de chanchullos, hacia la vista gorda a una larga serie de porquerías y recibía en compensación las correspondientes prebendas, de lo cual había deducido una idea falsa de su propio valor. Su papel era importante, sobre todo, en el mercado clandestino de estupefacientes. Pero la noche de aquel trágico sábado atravesaba por una crisis difícil. Había sido acusado de negligencia y encajado

una dura reprimenda como consecuencia de su comportamiento un tanto descuidado en un caso de atraco a mano armada ocurrido en su distrito. La culpa no era enteramente suya. Los periódicos estaban atacando con saña al capitán jefe de la demarcación, el capitán se había desahogado sobre la primera víctima que tuvo a su alcance, y esta víctima había sido el sargento. A Tracy le fallaban los resortes morales en momentos así. Sus sentimientos de inferioridad afloraban violentamente, y como suele sucederles a los individuos de su clase recurría a la bebida para ahogarlos. Estaba borracho cuando creyó reconocer en usted a uno de los tres hombres reclamados por el atraco en cuestión; borracho, exasperado, acicateado por la bronca descargada sobre su cabeza. Era incapaz de discriminar ni de atender a razones, y por añadidura, creyéndole lo que le creía, tenía de usted un miedo cervical. Así pasó todo.

Morrison preguntó:

—¿Pretende usted acaso justificar a ese hombre?

—Tengo cierta inclinación a ponerme en el lugar de otras personas.

—Póngase entonces en el mío.

—Me he puesto. Cuando se recuperó usted lo suficiente de sus heridas y pretendió que el bárbaro asesino de su esposa fuera castigado, se encontró ante un muro de silencio. El sargento Tracy había desaparecido, estaba fuera de su alcance y, al parecer, también del alcance de la justicia, protegido por una auténtica conspiración contra la que usted, un oscuro ciudadano particular, no podía nada. Después de haber fracasado en sus esfuerzos optó usted por marcharse, por huir de la sombra de lo que tan brutalmente había perdido. Tengo entendido que se trasladó a Venezuela, donde las cosas parecen haberle ido bien —Dodge mostró la elegante habitación con un ademán—. Ha pasado un año. Pero ni el tiempo transcurrido, ni el dinero, ni los éxitos profesionales, ni el cambio de ambiente han apagado su sed de venganza, la horrible avidez que le destroza el corazón. Usted ha vuelto. Usted, ignoro valiéndose de qué medios, ha localizado a Cleve Tracy en Mexicali. Ha pasado allí el tiempo necesario para familiarizarse con sus actividades, con sus movimientos y con el medio en que se desenvolvía. Cuando lo ha conseguido ha

contratado a tres pistoleros para que le tendieran una emboscada en el parador de El Llano, meta, usted lo sabía, de uno de sus regulares viajes de negocios. Esto ocurrió el miércoles, y el golpe falló por pura casualidad. Pero era sólo un primer intento. Habiendo esperado un año, podía usted esperar unos días. Hoy debía venir Tracy a Los Ángeles... Me pongo en su lugar, señor Morrison. Matar a Cleve Tracy en Los Ángeles era alcanzar la venganza completa. Por ello, para prepararle la muerte, emprendió usted el viaje anoche, y no hay que decir que su venganza se ha cumplido.

—¿Cumplido? ¿Es una hipótesis?

—Es una certeza. Cleve Tracy ha sido asesinado esta tarde en las oficinas de Jerry Saxon.

Morrison perdió, de súbito, y por un instante, su compostura. Dodge vio con sorpresa cómo su cuerpo se estremecía; le vio apoyarse en la pared con una mano, mientras el vaso de ron estaba a punto de escaparse de entre los dedos de la otra. En los claros ojos azules ardió una llama infernal.

—¡Repita eso!

—¿Quiere que le regale los oídos? Tracy ha muerto en las oficinas de Saxon; es decir, en el lugar donde usted había calculado que le encontraría sin falta y, siendo sábado, sin testigos molestos.

—No puede ser —la voz del ingeniero se había velado—. Es imposible. Está usted jugando con algo que es sagrado para mí.

Dodge le observaba con atención.

—Ahórrese el teatro, se lo suplico.

—Dígame la verdad.

—He visto a Cleve Tracy muerto, he tocado su cadáver. Hace de ello menos de dos horas.

Morrison, renqueando, dio unos pasos de acá para allá. Apuró el ron de un trago. Con el dorso de la mano se restregó nerviosamente la boca.

Cuando se detuvo frente a Dodge estaba de nuevo sereno.

—Por más que lo intento no consigo explicarme la razón de su visita —declaró con tranquila amabilidad—. Sabe usted de mi gran cantidad de cosas, se sienta ahí a contármelas, me acusa de haber matado a un hombre... Veo ahora cuál era el sentido de las insinuaciones que ha hecho al llegar, entiendo a qué se refería cuando ha hablado de purificarse después de un crimen. Pero falta

lo principal, falta la base lógica, falta el motivo por el cual se comporta usted de este modo y el fin que persigue con ello. Porque no creo que, una vez terminado su discurso, vaya usted a levantarse y marcharse sin ninguna exigencia.

—¿La teme usted?

—Siento curiosidad, simplemente. Lo único que temo en el mundo está dentro de mí mismo.

—¿Por qué niega entonces haber matado a Cleve Tracy?

Morrison sonrió tristemente.

—Porque no he tenido la suerte de matarle yo. No le engaño. Le asiste a usted el derecho de sacar la conclusión que por su propio peso se desprende de los antecedentes que posee y que son bastante exactos, pero ello no impide que sea una confusión falta. Si hubiera matado a Tracy se lo diría. Lo gritaría al mundo entero. No me importa confesar que la idea de matar a ese sapo era hasta hoy lo único que me impulsaba a vivir, y es absolutamente cierto que he venido a Los Ángeles para matarle. Sin embargo, quien lo ha hecho no he sido yo.

—Me gustaría creerle. Alguien me ha dicho esta tarde que una persona como usted no puede ser un asesino.

—Alguien muy cándido, sin duda.

—La muchacha a quién ayer tarde ofreció usted su coche en Mexicali.

—La muchacha... Ya recuerdo. En la oficina de viajes.

Dodge dijo lentamente:

—La he encontrado junto al cadáver de Cleve Tracy.

Vio aparecer y desaparecer el asombro en el rostro del ingeniero.

—¿Cómo? No comprendo... ¿La jovencita de Mexicali?

—Sí.

—Pero ¿quién es?

—He venido, entre otras razones, para que usted me lo diga.

—Usted está loco.

—No.

—En tal caso ha tramado adrede una historia que no tiene sentido.

—Lo tiene. Usted no es un asesino, señor Morrison, he ahí todo. No es capaz de dar muerte con sus propias manos ni siquiera al

hombre que le inspira ese odio que ha hecho de usted un lobo torturado. En Mexicali tuvo que pagar a tres miserables esbirros para que le librasen de él. No habrá tenido más coraje en Los Ángeles.

—Le he dicho...

—Que no ha matado usted a Tracy. Muy bien, es posible que no lo haya hecho personalmente.

—¡Está acusándome de haber instigado a esa muchacha a que cometiera el crimen! —exclamó el ingeniero—. ¡Cielos, nunca oí nada parecido! Sería grotesco si no fuera monstruoso... ¿Me atribuye usted poderes sobrenaturales?

—Le atribuyo un grado razonable de astucia.

Morrison fue a replicar violentamente, pero su rígido autodomínio se lo impidió. Se enderezó y volvió la espalda a Dodge. Alejóse cojeando en busca de la botella de ron.

Puso sumo cuidado en preparar otro vaso con hielo y agua de seltz. Dedicó a la tarea un tiempo considerable.

Bebió.

—Tengo la impresión —dijo luego con calma— de que se dedica usted a disparar al azar porque sabe exactamente en qué dirección se encuentra el objetivo que persigue. Sea como sea, persigue un objetivo. Le sugiero que lo exponga de una vez y aclaremos entre los dos todos los equívocos. ¿Quién y qué es usted? ¿Por qué razón se halla interesado en el asesinato de Tracy?

Dodge le observaba.

—No me interesa el asesinato de Tracy. Yo le quería vivo.

—¿Era amigo suyo?

—No. Cleve Tracy, como usted habrá averiguado en Mexicali, trabajaba para un hombre apellidado Carrasco. Su residencia oficial estaba en Las Agujas, a este lado de la frontera, y al igual que muchos habitantes de aquella zona, cruzaba diariamente la raya. Su trabajo para Carrasco consistía en pasar de contrabando un cargamento diario de marihuana que ocultaba en un compartimiento especial de su coche. Había sido elegido para ello porque era un expolicía y gozaba de la plena confianza e incluso de la amistad de los funcionarios de Aduanas, y desempeñaba su cometido a la perfección. Yo llevaba mucho tiempo estudiándole. Me había ocupado ya de él hace más de un año, antes de su

dimisión, cuando le untaban la mano los traficantes de drogas de Los Ángeles. Éstos eran mi presa, no la organización que opera en Méjico. Pero a los grandes caídes de Los Ángeles hay que atraparles con las manos en la masa si se pretende hacerles caer de su pedestal, y yo confiaba a este respecto en Tracy. No entraré en detalles, señor Morrison. He venido en pos de Cleve Tracy porque este viaje suyo representaba mi ansiada ocasión —los blancos dientes de Dodge relucieron en una sonrisa—. A Tracy le he encontrado muerto, y mi ocasión se ha malogrado. Probablemente pasarán meses antes de que repare el hilo que con él se ha roto.

Morrison escuchaba con la mirada perdida en el vacío.

—Y supone que ese hilo lo he roto yo.

—Usted.

—¿Qué pasaría si así fuera?

—Pagaría usted por el asesinato. No obstante, puede usted poseer sobre las actividades de Cleve Tracy informaciones valiosas. Su suerte mejoraría mucho si tales informaciones me permitieran desarticular el tráfico de marihuana en California atacándolo de la única manera eficaz, o sea, aniquilando su cabeza o cabezas responsables.

El ingeniero reflexionaba con la misma fría concentración que si tuviera ante sí un problema de matemáticas.

—En resumidas cuentas, que ha venido usted a proponerme un trato sobre la base hipotética de que yo he matado o hecho matar a Tracy.

—Ése podría ser uno de los frutos de mi visita.

—¿Puedo saber ya quién es usted?

—Está bien claro —dijo perezosamente Dodge—. Soy un oficial de la Oficina de Narcóticos de la Tesorería.

Hubo un silencio.

Morrison lo quebró con un suspiro.

—Perfectamente. Si el sentido común no basta para convencerle de que es imposible que exista una relación entre la jovencita de Mexicali y yo, espero que una investigación desvanecerá cualquier duda sobre este punto. Ello suponiendo que realmente lo haya considerado usted con seriedad.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decirle por última vez que soy, desdichadamente,

ajeno a la muerte de Tracy. Salí anoche de Mexicali, es verdad, con los propósitos que usted me atribuye. Cien millas al norte de la frontera, mi coche sufrió una avería de palier. En pleno desierto. Un auto que pasaba en dirección sur me recogió y me condujo al Parador de San Bernardino, cuando ya eran las cuatro de la madrugada. Allí he permanecido hasta que mi coche ha sido remolcado y reparado. He proseguido el viaje hoy. Hacía menos de tres cuartos de hora que había llegado, acababa de tomar un baño cuando he recibido su visita. Tengo testigos. Cualquiera que sea la hora a que ha muerto Tracy podrá usted comprobar que entre mi salida de San Bernardino y mi llegada a este hotel no he dispuesto de un minuto. Mi coche es rápido y he venido con el gas a fondo, pero no es un vehículo supersónico; difícilmente podría cubrirse el trayecto en menos tiempo del que he empleado yo. Póngase al habla con el parador y practique todas las averiguaciones que considere oportunas.

Dodge se quedó impasible.

—Esperaba algo así.

—El trato que había usted proyectado no tiene, como ve, fundamento —prosiguió gravemente Morrison—. Pese a ello, es cierto que poseo informaciones muy valiosas para la Oficina de Narcóticos. Si no han servido para mal, que sirvan para bien —el ingeniero se encogió de hombros—. Estoy dispuesto a ayudarle.

CAPÍTULO VIII

Los Ángeles, sábado, 10 noche

Joe Straubing falló la quinta carambola. Masculló una maldición, y con el taco en la mano se enderezó para mirar a Dodge a través de la mesa.

—Me pones nervioso —declaró agriamente—. Era pan comido, había lo menos una serie de doce. Lárgate ya, hombre.

—Se apellida Latimer.

—No sé quién es. Su tía le conoce.

—Harry Latimer.

—Te digo que no sé quién es.

Dodge no perdió la paciencia.

—Trata de recordar. Yo estoy seguro de haberle visto un par de veces, pero no consigo localizarle. Uno con aire de chulillo, el tipo que cree gustar a las mujeres, uno de esos que miran de soslayo inclinando la cabeza así...

—Los hay a docenas —dijo Straubing con hastío.

—Ya sé, Joe. Pero él tenía unos ojos inconfundibles, muy claros, casi de color de oro.

—¿Tú te figuras que me dedico a mirarles los ojos a todos los haraganes de la ciudad?

—No me figuro nada. Sólo ocurre que necesito encontrarle.

Straubing se inclinó sobre la mesa, apoyó la mano izquierda en el tapiz y apuntó el taco contra la bola mejor situada.

—Pregúntale a Chuk.

—¿A Chuk Ellison?

—Sí.

—¿Precisamente a él?

—¡Infierno! Ese tipo, de los ojos dorados era amigo suyo. Ahora

lárgate y déjame en paz.

Dodge no se marchó. Apoyado en la pared aguardó a que el hombre hubiera terminado su serie de carambolas.

—¿Por dónde anda Chuk? —preguntó entonces.

Joe Straubing emitió un resuello.

—Con la pandilla de la calle Howard. Suelen reunirse en la trastienda de Wally para echar los dados. Pero por mí puedes quedarte aquí toda la noche si quieres. Por mí puedes quedarte. Otros me han fastidiado más que tú.

—Gracias —dijo Dodge.

Abandonó el salón de billares. Funcionaba la gramola tragaperras en el bar que servía a aquel de antesala. Un grupo de adolescentes de ambos sexos bebía limonada y hablaba a voz en grito.

Dodge montó en su coche y lo condujo a través del tráfico desordenado de la noche de sábado hasta la esquina de la calle Howard y la avenida Yorktown.

Allí buscó un hueco para aparcar.

Descendió por la calle con las manos en los bolsillos, arrastrando los pies. Pasó ante el vestíbulo de un cine. Rozó con el hombro un retrato de John Wayne de tres metros de altura.

Más allá del cine estaba la tienda de artículos deportivos de Wally Fuchs. No se veía luz alguna en su interior, sólo en los escaparates, pero la persiana metálica exterior se hallaba abierta todavía.

La puerta también. Sonaba un timbre cuando era empujada.

Un hombre obeso apareció.

—¿Qué quiere?

Dodge se situó de modo que la iluminación de los escaparates alcanzara su rostro.

—Ver a Chuk. A Chuk Ellison.

El hombre semejó reconocerle. La desconfianza que reflejara el tono de su pregunta se desvaneció.

—Pasa.

Dodge había estado allí con anterioridad en tres o cuatro ocasiones. Se entraba por la puerta del fondo, se bajaba un corto tramo de escaleras a la derecha, y en un pasillo había otra puerta que conducía a una habitación de paredes de ladrillo desnudo.

Voces excitadas se filtraban a través de la última puerta.

En aquel momento había dentro una docena de hombres, la mayoría jóvenes, y tres muchachas, todos reunidos en torno a una mesa de dados.

Chuk Ellison reía. Tenía en la mano un puñado de billetes.

Dodge le tocó con el codo.

—Eh.

—Hola, gran hombre. Siglos sin verte, gran hombre.

Era un muchacho de cara larga y expresión estúpida, flaco, con la nuez del cuello prominente. Llevaba un viejo jipi echado hacia la coronilla y vestía sobre la camisa de colores chillones una cazadora de algodón, con las mangas dobladas hasta la mitad del antebrazo, descubriendo sus muñecas huesudas y lampiñas.

—He estado fuera.

—Muy bien —toda la atención de Chuk era para los dados que rebotaban contra la banda de la mesa. Agitó los billetes ante el rostro de Dodge—. Fíjate en esto, gran hombre. Hoy es mi noche. Aguarda a que me llegue la mano otra vez.

—Escúchame.

—Muy bien, gran hombre.

—Busco a Harry Latimer.

—Sí.

—¿No me has oído?

Una de las muchachas saltaba y chillaba de alegría. Los hombres subrayaron el fin de la jugada con un coro de interjecciones.

—¡Hala, Buddy! —gritó Chuk.

Hubo un momento de expectación.

—Necesito encontrar inmediatamente a Harry Latimer.

—¿Tú? ¡Harry Latimer! ¿Pero qué demonios...?

—Vamos, Chuk, atiéndeme un segundo —dijo Dodge con firmeza—. Es amigo tuyo y, si no me equivoco, está en un grave apuro. Necesito encontrarle.

—Claro que está en un apuro grave. Por eso se largó.

—Hoy ha vuelto.

—¿Harry?

—¿Pues quién? Se marchó a Méjico después de lo de Long Beach, pero hoy ha vuelto y se ha metido en un lío. No digo que tú le hayas visto, Chuk. Lo que digo es que quizá sepas dónde para.

—No, no lo sé.

—Piensa un poco. Va su pellejo en ello.

—¿Tanto como su pellejo?

—No te engaño, Chuk.

Una arruga de preocupación había aparecido en la frente del muchacho.

—¿Pero cómo voy a saber yo dónde está Harry?

—Supón que busca un refugio, que necesita un amigo, alguien que le ampare o le aconseje. ¿A dónde irá?

—¡Oh!

—¿Y bien?

—Harry era carne y uña con Tommy Plimke, pero se pelearon por una chica. Habría recurrido a mí. O a Rosie.

—¿Rosie?

—Pocos lo saben —los labios de Chuk se curvaron en una sonrisa de complicidad—. Un asunto que tuvo Harry, una historia que casi parecía que iba en serio. ¡Figúrate! Es una buena muchacha, una de esas que...

—¿Dónde vive?

—¿Conoces esa avenida que sube hacia Sparrow Lane, donde hay una iglesia y un campo de béisbol?

—Sí.

—Vive allí, en la parte alta. Tiene un negocio de flores. Tú pasa el campo, sigue hacia arriba; verás en el mismo lado un sitio que pone: «Tu jardín». Harry me llevó una vez a cenar. Ella estaba por él que se derretía.

Dodge no preguntó cómo había Harry Latimer trabado relación con una persona residente en el extremo opuesto de la ciudad y perteneciente a un medio tan distinto. Si la muchacha tenía algún dinero no había en ello misterio de ninguna clase.

Estaba seguro de haber encontrado lo que buscaba: un refugio apartado, alguien cuya amistad con Latimer muy pocos conocían.

—Suerte, Chuk —dijo.

Y se marchó.

Sábado 11, noche

La iglesia.

La avenida describía una amplia curva en la falda de una colina achatada, cubierta de bosque y sembrada de chalets cuyas luces parpadeaban entre los árboles. La iglesia era el último edificio en aquella parte. Luego estaba el campo de béisbol.

Dodge conducía su coche lentamente.

Una avenida lateral se internaba en el bosque a la derecha, y en ella brillaba la muestra luminosa de un restaurante. Inmediatamente después de la confluencia comenzaba un seto de cipreses muy bien recortado. Lo interrumpía una construcción de piedra y troncos, calculadamente rústica, que ostentaba el rótulo anunciado por Chuk: «Mi jardín».

Era un establecimiento de floricultura, un negocio de alguna importancia, bien situado en el distrito residencial; cualidades suficientes para que Latimer se hubiera fijado en su dueña antes de que la tentación de otras presas más elevadas, como Marjorie Hunt y su cadena de zapaterías, le condujese a la bancarrota.

Estaba a oscuras.

Dodge detuvo el coche un trecho más allá. Abrió un compartimiento del «tablier». Sacó una pistola, que tuvo unos momentos en la mano, contemplándola pensativo.

Guardó el arma en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Descendió del coche y retrocedió a pie.

La construcción rústica se hallaba dispuesta en sentido perpendicular a la calle, ofreciendo a ésta una de sus paredes laterales, donde había un gran ventanal a manera de escaparate, en aquellos momentos cerrado por contraventanas de madera. Una cancela de troncos daba paso a un patio de losas y césped, con un estanque y gran número de macetas y testers llenos de flores. Allí estaban el pórtico y la puerta de la casita, iluminados tan sólo por las farolas del alumbrado público de la avenida. En derredor, los terrenos de cultivo se perdían en la oscuridad.

Dodge empujó la cancela.

Hasta aquel instante no había advertido la menor anormalidad, pero entonces le acometió la sensación vivísima de que la calma aparente era falsa, de que una terrible tensión reinaba en el aire, de que algo estaba a punto de ocurrir.

Instintivamente se echó a un lado para adosarse a la sombra de

la pared.

Apenas lo hubo hecho percibió un zumbido, y un objeto arañó los troncos de la cancela. Delante de él, en las tinieblas, sonó una detonación más débil que la producida por el tapón de una botella de champaña.

De un salto se refugió Dodge detrás de unos testers.

Algo había ocurrido, en efecto: el disparo de una pistola provista de silenciador, de foganazo apenas perceptible.

La calma era falsa.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—No tires, Harry —dijo con voz natural—. No cometas una estupidez. Tengo que hablar con Rosie y contigo.

Silencio.

Dodge escudriñaba la oscuridad con todos los sentidos alerta. Sabía que si el hombre que había disparado se desplazaba unos metros, el testero dejaría de protegerle y se encontraría expuesto a sus balas. Poco o mucho, las luces de la avenida le hacían visible.

Nada semejó moverse.

—¿No me oyes, Harry?

Una réplica llegó al fin del lado de la casa:

—¿Quién eres?

—Frank Dodge.

—No te conozco.

—Sí me conoces. Soy amigo de Chuk.

—¡Lárgate!

—No, Harry.

—¡Digo que te largues! Esto es asunto mío. Bastante trabajo tengo defendiéndome solo.

Dodge consideró un momento aquellas palabras. Hizo una mueca.

—De modo que te han seguido hasta aquí...

—¿Qué sabes tú? —exclamó con recelo la voz de Latimer—. ¿Quién te ha dicho que yo estaba en la ciudad?

—No te preocupes ahora. ¿Cuántos son ellos?

La respuesta se demoró.

—Dos.

—¿Dónde están?

—La última vez que los he visto estaban cerca del seto, detrás de

los árboles.

Era una situación espantosa para Harry Latimer. Dodge pensó en él, en el miedo y la angustia que debía de sentir, en la desesperación que le habría invadido sabiéndose acorralado a muerte.

—Escúchame bien. Voy a retirarme. Daré un rodeo y procuraré localizar a esos hombres y hostigarlos hacia aquí. Si no son más que dos terminaremos fácilmente con ellos. Pero habrá tiros, la policía acudirá, y debes prepararte para escapar enseguida. ¿Dónde está Rosie?

—Rosie no está.

—¿No está?

—¿Qué cuerno imaginas que hago aquí fuera? Se ha marchado, ha salido, ¡yo qué sé! No la he visto. He encontrado esto cerrado, y ya era demasiado tarde para buscar otro escondrijo. Esos tipos me pisaban los talones.

—¿Desde cuándo dura esto?

—Una eternidad... ¡Vamos, muévete si has de hacer lo que dices! Terminemos de una vez. Tú sabrás por qué te metes en lo que no te importa.

—Muy bien —dijo Dodge.

Se puso a gachas y salvó de un salto la distancia hasta la cancela.

Cruzó la avenida.

Los dos hombres que acechaban a Latimer tenían forzosamente que haberle visto, era incluso probable que hubieran escuchado su conversación y que la hubieran comprendido sí, cosa lógica, sabían inglés. Desde el resguardo del seto podían disparar contra él de un momento a otro. Podían interceptar su camino para impedirle que entrara en acción.

Pero no le quedaba otro remedio que arriesgarse. Los dos hombres, al parecer, se habían limitado a montar guardia cerca de su presa aguardando con paciencia india la ocasión favorable para un ataque rápido. No les importaba que pasara el tiempo. Trataban sin duda de evitar lo que ahora ya sin remedio iba a producirse: un tiroteo que sembrara la alarma y convirtiese la ciudad, para ellos, en una ratonera.

Bien, aquello ya había terminado.

Dodge, tensos los nervios, se alejó del establecimiento de floricultura. Cruzó de nuevo la avenida y entró en el bosque. Regresó en dirección a la avenida lateral.

Había algunos coches aparcados ante el restaurante de muestra luminosa. Había otro algo más allá.

Este último era un «Chevrolet» polvoriento, de matrícula mejicana.

Recién llegado de Mexicali, naturalmente. Con dos de los hombres de Antonio Carrasco a bordo; con los dos hombres que ahora aguardaban ocultos en algún lugar de las tinieblas el momento de matar o morir.

Dodge se encogió de hombros. Entró de nuevo en el bosque, a espaldas de los cultivos de flores, y moviéndose con el sigilo de un tigre avanzó paralelamente a aquellos terrenos hasta haber rebasado su anchura. Entonces continuó sigiloso en ángulo oblicuo y alcanzó el seto de cipreses.

Momentos después estaba en el interior.

Tenía delante y un poco a la derecha las luces de la avenida, lo cual le permitía ver con relativa claridad, sin delatarse; era una situación inversa de aquello en que se había encontrado con respecto a Latimer al llegar.

Casi se echó a reír cuando descubrió a los dos hombres.

Lo hubiera hecho a gusto para dar alivio a sus nervios, pero también porque las dos figuras arrimadas a un árbol y mirando en direcciones opuestas tenían algo risible en sí mismas. Aquellos hombres estaban asustados. No eran la prudencia ni el cálculo lo que había demorado hasta entonces su ataque, sino probablemente el miedo que Latimer les inspirara, y ahora el que les inspiraba él.

Sacó la pistola.

Junto al tronco se dibujaban a contraluz las siluetas encogidas, furtivas, temerosas. Una empuñaba una metralleta. Eran pistoleros mejicanos, hombres hábiles en campo abierto, en el camino o en el monte, y aun en las calles del extrarradio de una población como Mexicali, pero que se sentían perdidos como niños en la selva entre la vorágine de una gran ciudad. No habían sido enviados a Los Ángeles para hacer frente a aquella contingencia. Dodge suponía que la misión que inicialmente se les encomendó fue otra, pero el curso de los acontecimientos los había arrastrado contra su

voluntad.

A treinta pasos estaba la casa, a cuyo amparo esperaba Latimer. Dodge se tendió cautelosamente en un surco, detrás de un árbol. Su voz rompió de súbito el tenso silencio:

—¡Soltad las armas y levantad las manos! ¡Pronto!

Los dos hombres tardaron una fracción de segundo en reaccionar. Luego uno lanzó un grito, y ambos se arrojaron al suelo al tiempo que la metralleta iniciaba su estrepitosa canción.

Ya estaba hecho.

Dodge, aplastándose contra la húmeda tierra, dejó que la ráfaga pasara. El mejicano había disparado guiado únicamente por el sonido de su voz.

A continuación enderezó la cabeza y apretó el gatillo de la pistola. Una vez. Otra enseguida.

El hombre de la metralleta pronunció un juramento. Su compañero, primero gateando, luego a la carrera de árbol en árbol, se alejaba, no para huir, sino para conseguir un mejor ángulo de tiro. Aquel hombre, armado al parecer de una pistola, no había disparado aún.

La obsesión de Dodge era no prolongar la lucha y evitar que intervinieran en ella elementos extraños.

Saltó del surco.

El hombre de la metralleta, que estaba herido, le aguardaba tendido de costado y con el arma presta a reanudar el fuego en cuanto le viera bien. Dodge se encontró de repente casi encima de él, adivinó con un instante de anticipación la salida del chorro de balas y se contorsionó para hacerse a un lado.

La metralleta rugió.

Dodge disparó por tercera vez. El rugido se interrumpió en seco. Quedó flotando en el aire un estertor.

—¡Adriano! —llamó roncamente el otro hombre.

Desde donde se hallaba no había presenciado con bastante claridad lo ocurrido, pero la falta de respuesta debió de orientarle. Era valiente: acudió con resolución.

Dodge no chistaba. Ahora estaba él a contraluz con relación al hombre, y éste no podía por menos que descubrirle.

Le descubrió.

Ambos dispararon simultáneamente.

La bala del mejicano provocó una lluvia de hojas al adentrarse en la copa de un árbol. Aquella lluvia, él ya no la vio caer.

Dodge acudió primero a su lado, después al del que empuñó la metralleta. Ambos estaban muertos.

Pensó vagamente que a ninguno de los dos le hubiera gustado morir allí, que a ningún hombre le gusta morir ausente de la patria.

Pero la muerte era la muerte, a fin de cuentas.

CAPÍTULO IX

Los Ángeles, sábado, 11'40 noche

La voz de Latimer anunció desde la oscuridad:

—Te tengo encañonado. Echa acá la pistola.

Dodge se detuvo.

—¡Estás loco! ¡Dentro de un minuto habrá más gente aquí que...!

—¡Echa acá la pistola! Yo no me chupo el dedo, ¿sabes? ¡Un amigo de Chuk! Tú estabas en Mexicali, te vi allí, pegado todo el día a la sombra de Cleve Tracy. ¿Imaginas que no sé la razón? ¿Imaginas que no sé por qué me has seguido los pasos? ¡Cien mil dólares de

«ju-ju»

harían saltar a la comba a un muerto! Eso es lo que buscas. Si has tenido el capricho de arriesgar el pellejo para despejarme el camino, ¿por qué te lo iba a negar? ¡Estúpido! Muchas gracias por el favor, pero ahora vas a soltar la pistola y quitarte de en medio. Enseguida.

Dodge aguzó todas sus facultades para sacar de la situación el máximo partido posible.

¿El máximo partido?

No parecía haber manera de sacar ninguno.

—Harry, recuerda lo que te pasó con el broche de Marjorie Hunt. No es fácil deshacerse de un lote así de marihuana, y menos en tu situación. Eres un ladrón y un asesino buscado por la policía. Te darán sólo unos centavos. Haz un trato conmigo y no te arrepentirás.

La réplica de Latimer fue tajante:

—Voy a disparar, Dodge.

Dispararía. Dodge estaba seguro de ello.

Tardaría un segundo o dos.

¿Y bien?

Un descuido tonto, un cabo suelto que a última hora lo estropeaba todo. Dodge se maldijo por no haber contado con que aquel hombre pudo haberle visto en Mexicali, reparado en su interés por Tracy y averiguado su nombre. Era lógico que desconfiase ahora de él.

¡Un segundo o dos!

Dodge saltó locamente hacia las tinieblas y por unos momentos dejó que le guiara el instinto. No supo si Latimer disparaba o no. No se preocupó de ello.

¡Allí estaba!

Fue un breve vislumbre, un movimiento entre las sombras, pero la fiera que había en Frank Dodge descargó sus zarpazos. Golpeó con la pistola. Encontró algo que golpear: un cuerpo, un rostro. Su ataque había sido de rapidez y violencia indescriptibles, un torbellino salvaje, un ciclón.

Latimer se hundió.

Había estado oculto en un cobertizo adjunto a la casa, destinado a almacén de herramientas y otros artículos de jardinería. Una vez allí, sumido en la oscuridad, Dodge percibió con bastante nitidez los detalles. El hombre yacía a sus pies, de bruces, inconsciente. Al caer había soltado la pistola. Pero faltaba algo, algo tan importante que hasta aquel momento había costado ya tres vidas.

No.

No faltaba.

Con un suspiro se aproximó Dodge a una pirámide de tiestos vacíos. En el suelo, apoyada en ella, había una cartera de mano de gran tamaño.

La sopesó.

Tres vidas.

Sonaban voces en la calle, se oían pasos apresurados, temerosos murmullos. Incongruente, con grotesco retraso, el silbato de un policía comenzó a sonar en la distancia.

¿Era realmente con retraso?

Dodge experimentaba una sensación agobiante del paso del tiempo, pero no hubiera podido afirmar con certeza cuánto había transcurrido desde el inicio del tiroteo; como si el principio y el

final de la lucha estuvieran en dimensiones diferentes.

Se guardó la pistola en el bolsillo, recogió la de Latimer, levantó a éste y se lo cargó al hombro. Tomó la cartera de mano.

Había gente ante la cancela. Gente asustada.

Dodge se deslizó desde el cobertizo hacia la parte trasera de la casa y avanzó oblicuamente por los cultivos de flores al amparo de las tinieblas. Varias personas se habían ya aventurado a entrar en el recinto del establecimiento cuando él estaba todavía sacando a Latimer por el seto del fondo, pero ninguna le vio.

Luego transportó su carga a través del bosque hasta el punto en que su coche se hallaba estacionado en la avenida. Sabía que tenía los segundos medidos y que cualquier torpeza podía delatarle. El vehículo se hallaba, no obstante, a suficiente distancia del punto donde se congregaba la gente como para garantizarle un margen de seguridad.

Salió del bosque sosteniendo a Latimer. Le metió en el coche.

Luego la cartera.

Se sentó ante el volante y partió avenida arriba, hacia lo alto de Sparrow Lane, para bajar por el lado contrario en dirección al bulevar Sunset. El sudor se le estaba helando en el cuerpo.

Sin saber por qué, cuando tuvo las luces del bulevar ante él y se convenció de que el mal trago había pasado, dedicó un pensamiento a Rosie, la buena muchacha que en otra época estuvo por Harry Latimer que se derretía.

Se echó a reír en silencio.

¡Rosie!

Como obsequio de aquél «gigoló» barato, él había plantado aquella noche dos cadáveres en su jardín. Lástima que no darían flores.

Domingo, 0'30 madrugada

Flores.

En el extremo del bar había un jarro con rojas zinnias gigantes. Dodge pasó por delante de él llevando consigo el vaso de *whisky*

cuando se dirigía a la cabina telefónica.

Continuó viendo las zinnias desde el interior de aquélla. Rojas, enormes. Flores que sugerían ideas raras, desorbitados recuerdos.

Luego apartó la mirada de ellas para hojear la guía en busca del número que necesitaba.

Lo marcó.

—Deseo hablar con Jerry Saxon —dijo entre dientes.

—¿Quién es?

—Me llamo Harry Latimer.

—¿Quién?

La voz del otro extremo del hilo pertenecía a Charlie Merkin. Le era fácil a Dodge evocar su rostro basto, su lasciva sonrisa, sus ojillos de cerdo.

Zinnias rojas.

—Harry Latimer, de Mexicali.

—De Mexicali —repitió Merkin con recelo—. Bueno, resulta que el patrón está ocupado. Dígame a mí lo que sea.

—Tengo algo que le pertenece.

—¿Sí?

—Cien mil dólares de

«ju-ju».

El teléfono transmitió un soplido entrecortado.

La voz de Merkin sonó insegura:

—Oiga...

—Le he dicho que quiero hablar con Saxon.

—Está bien.

Hubo una larga pausa.

—¿Quién es usted?

Jerry Saxon había adoptado un tono autoritario, enérgico, exigente.

—Me llamo Harry Latimer y he llegado hoy de Mexicali —dijo Dodge, Una sonrisa cruel tendió sus enjutes labios—. He venido siguiendo a Cleve Tracy. Siguiéndole hasta sus oficinas, si lo quiere con absoluta precisión.

Saxon no replicó enseguida.

—Un hombre llamado Tracy ha muerto asesinado esta tarde en mis oficinas. Procedía de Mexicali, desde luego.

—Sí, ha muerto asesinado.

—¿Quiere usted explicarse? Es decir, no. Prefiero no tratar por teléfono este asunto.

—Tendrá que ser por teléfono y ahora, Saxon. Mi situación no es muy cómoda. Soy un hombre reclamado por la policía, no tengo amigos en la ciudad y no me gusta deambular con cien mil dólares de marihuana encima.

—¿Está usted loco?

—Posiblemente.

—¿Dónde puedo verle?

—Aguarde, no corra tanto. He esperado mucho tiempo esta ocasión, pero no imaginaba que sería como es. Había calculado dar el golpe en la carretera del desierto, en un punto del trayecto entre la frontera y Los Ángeles... ¡Infierno! Mi coche ha empezado a fallar y Tracy se me ha escapado. No le cogí hasta llegar aquí, cuando entraba en las oficinas de usted. A última hora me ha acompañado la suerte. No había nadie. Le he pegado un tiro casi con los ojos cerrados. He salido tranquilamente con la mercancía. Un bello sueño, créame.

Dodge calló.

El teléfono estaba mudo.

—¿Me ha oído usted, Saxon?

—He tenido esa desdicha —dijo Saxon con voz forzada—. ¿Qué es lo que quiere? Su bello sueño se ha realizado.

—No, esta patata es demasiado caliente para mis dedos, y a usted, en cambio, le resultará muy apetitosa. Yo necesito dinero. Le digo que me busca la policía; no por lo de hoy, claro que no, sino por algo que hice antes de largarme al otro lado de la raya. Tengo prisa. No quiero entretenerme colocando una montaña así de «ju-ju».

Usted es el principal consumidor de la ciudad. Se la cedo por el diez por ciento de lo que vale si me paga esta misma noche.

El tono de Saxon tuvo extrañas inflexiones:

—¿Quién le ha sugerido la idea de que yo soy un consumidor de marihuana?

—¡Sugerirme la idea! —exclamó Dodge burlonamente—. He estudiado con pelos y señales los negocios de Tracy antes de decidirme a dar este golpe. Esa mercancía era para usted. Si no le interesa, dígalos.

—¿Ha pensado que es usted culpable de un asesinato? ¿Se le ha ocurrido que puedo concertar con usted una cita y avisar a la policía en mi lugar?

—Me arriesgo. De todos modos, avise usted o no a la policía, hay noventa probabilidades sobre cien de que me pesquen antes de salir de este atolladero. Cien mil pavos de

«ju-ju»

es demasiada

«ju-ju»

para liquidarla en una noche.

—Está bien.

—¿Qué es lo que está bien?

—Se la compraré yo.

Un profundo suspiro hinchó el pecho de Dodge.

—Diez mil dólares. Precio de saldo. Sale usted bien librado, no se lamente. Le espero dentro de una hora en Emerald Hill.

—¡Eh, nada de eso!

—He dicho dentro de una hora en Emerald Hill. De la puerta principal del parque parte una avenida que conduce a una plazoleta donde hay un antiguo kiosco de música. Nos reuniremos en el kiosco, y sólo le entregaré la mercancía a usted en persona y a cambio del dinero. Le conozco, Saxon. De mí le diré que tengo el defecto de ser demasiado ligero de gatillo: Cleve Tracy se lo podría contar; e igual le apiolan a uno por una muerte que por dos.

—Los diez mil dólares no incluyen la obligación de escuchar fanfarronadas —dijo Saxon ásperamente—. Dentro de una hora, y no hablemos más.

La comunicación fue cortada.

Dodge colgó el aparato y apoyó la frente en el frío cristal de la puerta de la cabina.

Salió.

Al pasar rozó con las yemas de los dedos las zinnias rojas.

Terminó el *whisky*, pagó y abandonó el local.

El hilo que debía haberle conducido a Jerry Saxon se había roto violentamente aquella tarde con la muerte de Tracy. Ahora, unas horas después, estaba reparado, pero era tan frágil que un soplo de aire podía romperlo de nuevo. Y lo más probable era que, esta vez, se rompieran con él otros muchos, entre ellos el hilo de su vida.

Había dejado su coche a doscientos pasos, aparcado en una zona de completa oscuridad e incluso con las luces de posición apagadas.

Abrió la portezuela trasera. En el suelo, entre los dos asientos, Harry Latimer yacía atado de pies y manos con alambre eléctrico y amordazado con esparadrapo. Había recobrado el conocimiento. Sus bellos ojos dorados, velados por el miedo, se posaron en Dodge.

Éste dijo:

—Nunca en tu vida habías sido tan elocuente por teléfono, Harry, ni es posible que lo vuelvas a ser.

Luego encendió un cigarrillo y se sentó ante el volante del coche.

CAPÍTULO X

Los Ángeles, domingo, 1'15 madrugada

El kiosco de música pertenecía a otra época, a una ciudad placentera y reposada que el moderno Los Ángeles había devorado. Hacía muchos años que ninguna banda daba conciertos en él. Tenía el piso resquebrajado, los hierros oxidados y las maderas carcomidas. Era una reliquia conservada en Emerald Hill, en parte por incuria, en parte por romanticismo.

Dodge condujo el coche en torno a la plazoleta, hasta encontrar un camino entre los setos lo bastante ancho, y lo metió allí.

Soltó las ligaduras de Latimer y le arrancó la mordaza.

—Afuera.

El hombre se levantó tambaleándose, gimiendo de dolor.

—Me has roto algo —murmuró—. Tienes que haberme roto algo. Me siento como si fuera a morir.

Dodge le mostró la pistola con que le encañonaba. Tomó la cartera de mano del asiento delantero.

—Camina. Por ese lado, hacia la plazoleta.

Harry Latimer anduvo unos pasos en silencio. Luego dijo:

—No entiendo nada. ¿Dónde estamos?

—En el parque de Emerald Hill.

—¿Pero tú quién eres? ¿Qué demonio hacemos aquí?

Salieron a la plazoleta.

Dodge consultó su reloj.

—Harry, pongámonos de acuerdo de una vez para siempre. Hubiera podido matarte en casa de Rosie y arramblar con tus condenados cien mil dólares de

ju-ju

sin que nadie me pidiera nunca cuenta de ello. Eres un ladrón y un

asesino. Te he encontrado acorralado como un conejo, acechado por dos pistoleros, en una situación sin salida. La policía te reclama por el asunto de Marjorie Hunt y no tardará en buscarte por lo de Cleve Tracy. Bien, ¿qué es lo que he hecho? Me he tomado por ti infinidad de trabajo. He expuesto la vida por librarte de tus perseguidores, sólo para que tú me lo agradecieras intentando matarme. ¿Qué es lo que he hecho aún? Cuidarte como una niñera y traerte aquí para llenarte de billetes los bolsillos...

—No lo harás sin una idea —Latimer se había detenido y miraba a Dodge con perplejidad, tratando de escrutar a la luz de las estrellas su rostro—. No creo en cuentos de hadas. Tú buscas algo.

—Sí, Harry. Cinco mil dólares.

—¿Qué quieres decir con eso?

Dodge se encogió de hombros. Su actitud era de indiferencia, pero la pistola que empuñaba apuntaba al estómago de Latimer sin desviarse un milímetro.

—He jugado limpio contigo desde el primer momento. Tú planeaste en Mexicali el golpe contra Tracy, has venido a Los Ángeles, te has cargado a ese hipopótamo en las oficinas de Saxon y te has llevado la mercancía. Has estado bien, Harry. Pero no contabas con que dos de los hombres de Antonio Carrasco venían también siguiendo a Tracy desde Mexicali, con orden de suprimirle en el viaje de regreso, cuando el envío de

ju-ju

hubiera ya sido entregado. Esos hombres te han visto entrar en las oficinas de Saxon y volver a salir con la cartera, y han oído a chamusquina. Métete la idea en la cabeza, Harry, de que haber estado bien hasta entonces no te hubiera servido de nada si yo no hubiese acudido para sacarte de apuros. Soy yo quien ha hecho la segunda parte del trabajo, y no precisamente la menos peligrosa.

Latimer estaba asombrado, pero adquiriría rápidamente confianza.

—Deja que reflexione. Tú has hecho la segunda parte del trabajo. Quieres por ella cinco mil dólares.

—El cincuenta por ciento.

—¿El cincuenta por ciento de qué?

—Harry, ¿en qué estás pensando? Has entrado ilegalmente en el país, la policía te busca, has cometido un asesinato, no sabes dónde

esconderte. ¿Cómo puedes en estas condiciones soñar con desprenderte de un cargamento de ju-ju

tan grande? ¿Instalando un puesto de venta en mitad de la calle y pregonando la mercancía a gritos?

Latimer titubeó.

—Tengo amigos.

—¡Oh, sí! Amigos que te comprarán a razón de cinco dólares por cabeza.

—Tú te crees muy listo, ¿verdad?

—Yo he encontrado un comprador. Se queda el lote por diez mil dólares: cinco mil para cada uno, y asunto liquidado.

—¡Diez mil! —exclamó Latimer—. Es una cochina miseria...

—No lo es. Tienes que aceptarlo o dejarlo. Cinco mil o nada, Harry. Al amanecer puedes estar de regreso en Mexicali y despertar a Lola con una lluvia de billetes. De lo contrario, estarás muerto.

Latimer respiraba con agitación.

—¿Muerto?

—¿No comprendes? Te mataré y cerraré el trato yo solo. Te doy la última oportunidad de salvarte del naufragio. Si la rechazas, allá tú.

Hubo un silencio.

—¿Quién es el comprador?

—Jerry Saxon.

—¡Saxon!

—Era el único posible —dijo Dodge con frialdad—. Está ansioso de recobrar la mercancía y echar tierra al asunto. Le he llamado en tu nombre, y ha aceptado. Nos hemos citado aquí. Llegará dentro de unos minutos.

Harry Latimer se restregó nerviosamente la cara... Luego, como si la realidad de la situación penetrase poco a poco en su mente, comenzó a tranquilizarse de nuevo.

—No me fío de Saxon —articuló.

—Yo tampoco. Es por ello que te ofrezco esta oportunidad.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Sí, Harry. Tú esperarás a Saxon ahí, en el kiosco, como hemos convenido. El cree que se las habrá con un hombre solo. Si obra de buena fe, conforme. Si no, yo estaré oculto en previsión de

cualquier añagaza.

Latimer reflexionó.

—Tú estarás oculto, ¿eh? Seré yo quien corra el riesgo.

—Es lo justo.

—Quiero un arma.

—Ni hablar. No me fío de Saxon, pero menos de ti.

—¡Dodge, pueden matarme!

Dodge sonreía.

—Tómalo o déjalo.

—¡Maldito seas!

—Es mi última palabra, Harry. Sube al kiosco y espera. No olvides que todo el tiempo te tendré encañonado, y que quiero a toda costa que este negocio se lleve a buen fin. No lo estropearás tú ni lo estropeará Saxon.

Latimer dio un paso atrás. Temblaba.

Su mirada se clavó en la pistola que le apuntaba implacable.

Y en aquel momento los faros de un coche iluminaron los árboles del comienzo de la avenida, donde estaba la puerta principal del parque.

—Ahí viene.

Un gemido escapó del pecho de Harry Latimer.

—Dame la cartera —pidió roncamente.

Dodge se la entregó, y le siguió con el negro ojo de la pistola, mientras caminaba hacia el kiosco y ascendía por las ruinosas escaleras que conducían a su plataforma.

Luego retrocedió al amparo del seto.

El coche avanzaba por la avenida.

Entró en la plazoleta. Se detuvo. Quedó con el motor en marcha y las luces de cruce.

Un hombre alto y de elegantes movimientos se apeó. Anduvo unos pasos, con la precaución de apartarse del haz luminoso de los focos.

—¡Latimer! —llamó.

De pie en la plataforma, la figura de Harry Latimer era apenas visible.

—Aquí estoy.

Había sido una respuesta débil, transida de incertidumbre y de pavor. La respuesta de un ladrón chapucero, de un *gigoló* fracasado,

de un paria, de un asesino.

El hombre elegante cesó de avanzar.

Súbitamente se encendió en el auto un nuevo foco. Un faro de niebla, orientable. Su blanco brazo voló por la plazoleta hasta el kiosco y se detuvo al cazar de lleno a Harry Latimer, atónito, deslumbrado, oprimiendo contra sí la abultada cartera.

Una metralleta emitió su fatal tableteo.

Frank Dodge entró en acción. El plomo de su pistola llegó de flanco al coche, penetró por la ventanilla y en un instante hizo callar el arma.

El hombre elegante gritó:

—¡Qué diablo...!

Sacó una pistola. Había visto los fogonazos, tenía una idea bastante exacta del punto donde estaba oculto el tirador.

Dodge abandonó de un salto su refugio, y cuando el hombre disparaba por primera vez apretó parsimoniosamente el gatillo. No había prisa ya. Era el fin de una larga espera.

El hombre abrió los brazos como si pretendiera asirse al aire, permaneció así unos momentos y cayó de bruces. Su cuerpo se semejó aplastarse contra el suelo, pegarse a él. Allí quedó, adherido a la tierra, inmóvil, oscuro, un simple parche, nada.

Dodge aguardó hasta percatarse de que en el interior del automóvil no estaba apostado nadie más. Entonces se aproximó al hombre y con la punta del pie levantó su cabeza para verle la cara. Era Jerry Saxon, como suponía.

El otro era Charlie Merkin. La bala le había entrado oblicuamente por la sien y destrozado la mitad de su lascivo rostro.

Del kiosco no llegaba una voz, un movimiento. Dodge sabía que no habían de llegar.

Encontró a Harry Latimer acribillado a balazos, tendido de través sobre la cartera que contenía sus cien mil dólares de marihuana.

—Volviste a estar bien —le dijo a media voz—. Mucho mejor de lo que hubieras estado encerrado en la cámara de gas. Incluso un asesino, Harry, debe servir para algo.

Recogió la cartera, descendió del kiosco y echó a andar a través de la plazoleta hacia el lugar donde había dejado su coche.

Domingo, 2'30 madrugada

Teddy aplicó la llama del encendedor a la cazoleta de su pipa.

—Un festival —dijo—. Un típico festival a la manera de Frank Dodge. Tú nunca escarmentarás —dijo.

Dodge hizo tintinear el hielo en su vaso de *whisky*.

—Procuró ponerme en el lugar de los demás, simplemente. En el caso de Latimer, mil veces hubiera preferido morir con la ilusión de que estaba ganándome un montón de billetes para pateármelos por ahí con una morena que sufrir la agonía de la celda de los condenados y entrar como un perro en la cámara de gas.

—Pero esa matanza de Emerald Hill no conducirá a nada.

—Conducirá a todo, Teddy. Era la cabeza de la red lo que había que destruir, y la cabeza era Saxon. El resto se hundirá en veinticuatro horas. ¿Te he contado lo de George Morrison?

—Sí.

—Morrison tiene una mente científica de primera clase, y cuando hace un trabajo lo hace bien. ¡Cielos! Se puso a estudiar la vida de Tracy y la ha desmenuzado molécula a molécula. Es un archivo de informes sobre el comercio clandestino de estupefacientes que te dejará boquiabierto cuando le oigas declarar. En veinticuatro horas, Teddy, te lo aseguro. Del tinglado de Saxon no quedará absolutamente nada en pie.

—Está bien, Frank.

Dodge sonreía.

—En cuanto a lo que tú llamas la matanza de Emerald Hill, sabes que a un hombre como Jerry Saxon no se le combate con archivos. Yo no pensaba concretamente matarle; quería sólo sorprenderle en una situación sin escapatoria posible, lo mismo que había planeado en relación con Cleve Tracy. Pero si no ocurrió así...

—Mientes, Frank —dijo Teddy burlonamente—. Te pusiste en su lugar, como de costumbre. Estabas convencido de que obraría como lo hizo, y de que ello te obligaría a matarle.

Dodge no lo negó. Se puso en pie y apuró el *whisky*.

—Llama a la policía, por favor. Y a Washington.

Volvió la espalda a su compañero.

Fue al vestíbulo y abrió una puerta.

—Lamento haberla hecho esperar tanto, señorita... Mi amigo está ahora hablando con la policía para aclarar algunas coincidencias maravillosas. Puede usted volver libremente a su hotel en la seguridad de que no será molestada.

Janice Fuller le sonrió.

Estaba sentada junto a una lámpara, con una revista ilustrada entre las manos. Dodge se dijo que no había visto a una mujer tan bonita en mucho tiempo, o por lo menos a una mujer poseedora de la clase de belleza que despertaba en su pecho tan turbadora inquietud.

Había sentido aquello mismo en Mexicali. Le había costado, luego, un gran esfuerzo encajar el impacto que le produjo su presencia en las oficinas de Saxon. Se preguntó si ella habría notado lo que le ocurría.

—Es usted muy amable, señor Dodge. Pero no he perdido totalmente el tiempo aquí.

—Lo celebro —Dodge carraspeó—. He estado pensando... Creo que la situación en que usted se encuentra podrá resolverse. Sé de alguien que tiene disponible el empleo que usted busca. Me gustaría hacer esto por usted en compensación de las molestias que este asunto le ha ocasionado.

La muchacha se puso en pie. Dejó la revista sobre una silla.

—Lo lamento infinitamente, pero temo que no podré aceptar.

—Es una oferta sincera y desinteresada.

—Lo sé, señor Dodge. Ocurre que el empleo que busco me lo ha proporcionado ya su amigo Teddy.

Dodge se volvió para mirar hacia la sala de estar.

—¡Ese bribón!

Janice reía.

—Teddy ha sido también muy amable conmigo. Hemos hablado mucho... Casi siempre de usted, si quiere saberlo.

El escrutó sus ojos. Luego lanzó una ojeada al reloj.

—Puesto que rechaza mi primera oferta, le haré otra. Permítame acompañarla a su hotel. De camino podemos detenernos a tomar unas copas en cualquier parte.

—¿No sería lo mismo tomarlas aquí?

—Aquí está Teddy.

—Acepto, señor Dodge...

Coincidencias maravillosas.

¿Por qué no?

De grado o por fuerza había que empezar a creer en ellas un día u otro.

FIN

Tres mujeres aparecieron de pronto en la vida de Sam Harper. Dos de ellas pasaron sin dejar huella, pero la tercera ahondó demasiado en el alma de aquel muchacho... Pero, ¿tenían algo que ver aquellas tres preciosas mujeres, con los seis asesinatos en que se vio envuelto Sam...



Usted puede responder a esta pregunta si lee

ALTA TENSION

Un título recientemente adquirido por la popular

COLECCION SERVICIO SECRETO

que firma el magnífico autor **CLARK CARRADOS**

y que se publicará la próxima semana

ALTA TENSION

¡Una novela que electrizará su ánimo, manteniéndole en tensión hasta la última página!

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No olvide el nombre de esta colección!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
712 — María Adela Durango
UNA HERENCIA
EN EL MAR

COLEC. "MADREPERLA"
607 — Amparo Lara
CUANDO EL AMOR VENCE

COLECCION "ROSAURA"
551 — G. Colomer
EL AMOR DIFICIL

COLECCION "AMAPOLA"
438 — Corín Tellado
LA HISTORIA DE MI VIDA

COLECCION "ALONDRA"
372 — Jesús Navarro
INGENUA

COLECCION "CAMELIA"
313 — Valentina del Barco
MENTIRAS PIADOSAS

COLECCION "CORAL"
166 — Corín Tellado
LA VENGANZA DE MARIGE

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
652 — Donald Curtis
GUANTES NEGROS

Col. "SERVICIO SECRETO"
516 — Mark Halloran
MURMULLO DE MUERTE

COLECCION "BUFALO"
349 — Alf. Regaldie
SINIESTRA AMENAZA

COLECCION "CALIFORNIA"
196 — George H. White
TIERRA PARA LUCHAR

COLECCION "TEXAS"
217 — A. Rolcest
LOS TRIUNFOS CAMBIAN
DE MANO

COLECCION "COLORADO"
141 — M. Lafuente Estefanía
EL MIEDO, MONEDA DE
CURSO

COLECCION "KANSAS"
107 — Joe Mogar
...¡Y EL PISTOLERO
VOLVIO

Col. "HEROES DEL OESTE"
89 — M. Lafuente Estefanía
PASTOS SANGRIENTOS

COL. "ASES DEL OESTE"
59 — Fidel Prado
EL PLACER DE LA
VENGANZA

Las obras más selectas, los autores más populares
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS

250 Ilustraciones
en cada volumen

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS





La colección del **HOMBRE MODERNO**

Aprenda a vivir mejor,

**a conocerse,
a dosificar
sus esfuerzos,
a sacarle a la vida
el máximo provecho.**

**UNA COLECCION INTELIGENTE
QUE RESUELVE LOS PROBLEMAS
QUE PLANTEA LA VIDA MODERNA**

**COMO VIVIR
365 DIAS AL AÑO
ARTITIS Y
SENTIDO COMUN
EL ARTE DE DESCANSAR
NUESTRO PRIMER HIJO
BAILAR ES FACIL
VIVIR MEJOR
VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS
COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA
INGLES PRACTICO**

COLECCION

IBIS



**LAS MEJORES
OBRAS DE AYER
Y DE HOY**

**de la literatura
universal**

RECUERDE ESTA COLECCION:

JOYAS LITERARIAS

Y ESTOS TITULOS:

**NO SERAS UN EXTRAÑO
GUERRA Y PAZ
EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS
LOS HERMANOS KARAMAZOV
LA MONTAÑA DE PLATA
EXODO**

**Editorial Bruguera, S. A.
BARCELONA**

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 18-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillos).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Adriano Rimoldi

N.º 1119

Actor italiano afincado desde hace años en España. En nuestra patria ha interpretado un gran número de películas, entre ellas: "Noche sin cielo", "En un rincón de España", etc, y últimamente "Azafatas con permiso".

Foto SUEVIA FILMS-CESAREO GONZALEZ



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

